

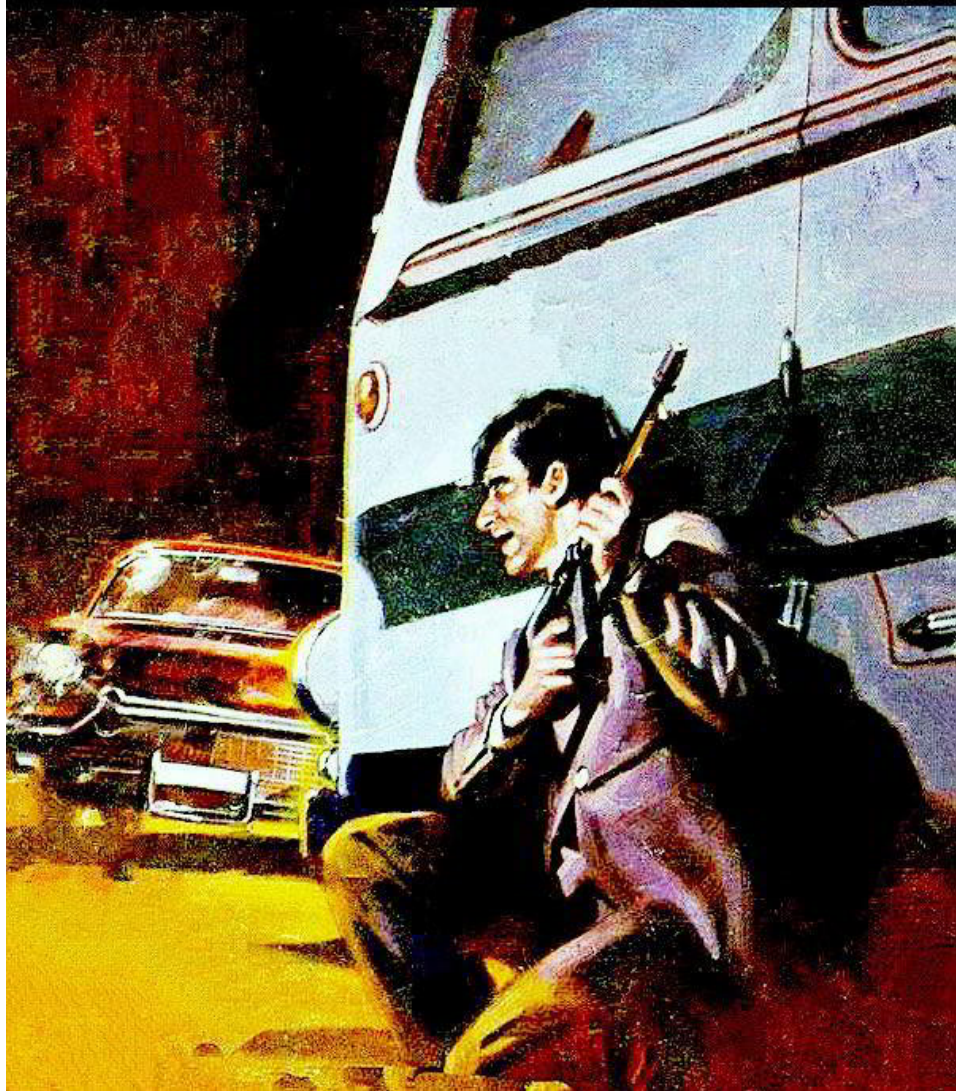
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

¡MATAD AL FUGITIVO!

Burton Hare



La voz del rifle levantó ecos en todo el bosque, haciendo que millares de pájaros emprendieran el vuelo, chillando y batiendo alas con estruendo.

La bala arrancó un buen pedazo de corteza de un grueso tronco y aulló, perdiéndose más allá de John Cannon, agazapado junto al árbol, herido.

«Esta vez sí —pensó—. Esta vez van a conseguirlo».



Burton Hare

¡Matad al fugitivo!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1432

ePub r1.0

Lds 25.11.18

Título original: *¡Matad al fugitivo!*

Burton Hare, 1978

Cubierta: Alberto Pujolar

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La voz del rifle levantó ecos en todo el bosque, haciendo que millares de pájaros emprendieran el vuelo, chillando y batiendo alas con estruendo.

La bala arrancó un buen pedazo de corteza de un grueso tronco y aulló, perdiéndose más allá de John Cannon, agazapado junto al árbol, herido.

«Esta vez sí —pensó—. Esta vez van a conseguirlo».

Estaba atrapado y no cabía darle vueltas. Quizá fuera mejor salir y dejarse matar sin más demoras, porque a estas alturas era peor la sensación de acoso, de lo irremediable, que el balazo que pudiera recibir.

Oyó los pasos de un hombre entre el follaje, a su izquierda. Más a la derecha, otro quebró una rama en su avance, aunque éste estaba mucho más lejos.

Miró en torno rechinando los dientes. Árboles por todas partes. Troncos y más troncos.

El rifle retumbó una vez más. La gruesa bala zumbó, aullando al rebotar en un árbol cercano, detrás de Cannon y a la altura del pecho de un hombre.

Por lo menos era un
30-30,
siguió pensando con desesperación. Un arma capaz de tumbar un oso pardo.

Se tendió en el suelo cautelosamente. Delante de su cara sólo vio follaje seco y ramas quebradas por el viento. Una de ellas...

Los pasos del cazador estaban, ahora, allí mismo.

El individuo no tomaba ninguna precaución porque sabía que su víctima estaba desarmada e indefensa. Llegó un momento que

incluso su respiración alterada le delató.

Era un hombre alto, delgado y de cara pálida. Se notaba a la legua que los grandes bosques no eran su terreno habitual. Él era un hombre de ciudad, acostumbrado a pisar asfalto, no esa tierra blanda y crujiente en medio del laberinto de troncos corpulentos.

Empuñaba un rifle de repetición para caza mayor y sus ojos de reptil escudriñaban en su torno, impacientes, porque estaba deseoso de acabar de una vez.

Algo voló a su lado, agitando un gran matorral. No era más que un pedazo de corteza, pero instintivamente el asesino giró y apretó el gatillo, produciendo un nuevo trueno en el quieto silencio del bosque.

Tras el disparo empujó la palanca de carga hacia atrás, para introducir un cartucho en la recámara.

Ya no pudo terminar la acción. Como si brotara de la tierra, casi a sus pies, John Cannon se levantó de un ágil salto. Empuñaba una larga rama puntiaguda como si fuera una lanza y con ella ensartó al criminal por el pecho, empujando con todas sus fuerzas.

El hombre delgado emitió un largo aullido mientras la rama desgarraba su carne hasta casi asomarle por la espalda. Entonces se quebró y, llevado por su propio empuje, John Cannon chocó contra él y los dos cayeron a un tiempo.

Sólo Cannon se levantó castañeteándole los dientes ante lo que quedaba en el suelo. El hombre delgado le miraba con los ojos saltándole de las órbitas, boqueando con terrible angustia, mientras en torno a la rama hundida en su pecho empezaba a brotar la sangre.

De pronto, mientras estaba mirándole, de la boca desencajada surgió también un rojo borbotón, y después otro hasta convertirse en mortal catarata.

John se inclinó, atrapando el rifle a medio cargar. Lo examinó y terminó el cierre de la recámara. Entonces se apartó del frustrado asesino y agazapándose donde estuviera antes esperó.

El segundo rastreador surgió poco después. Éste llevaba en la mano una automática «Colt» del 45. Tampoco adoptaba demasiadas precauciones y se notaba, también, que el bosque no era su elemento.

John ordenó:

—¡Suelta la pistola o te mueres, hijo de...!

No pudo terminar. El tipo giró y apretó el gatillo al mismo tiempo. Cannon disparó, a su vez, y el tremendo proyectil levantó del suelo al hombre, tirándole como un pelele contra un árbol. Casi lo incrustó en el tronco, a lo largo del cual se deslizó hasta quedar sentado en el suelo, la mirada desorbitada y la boca abierta y jadeante. Seguía aferrando la pistola, pero estaba bien muerto, con un horrible boquete en mitad del pecho.

John se quedó sentado allí, jadeando, notando el sudor helado del pánico empapándole todo el cuerpo. Un rojo hilo de sangre empezó a brotar de las comisuras de la boca del segundo muerto. El desvió la mirada, sintiendo unas náuseas espantosas.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció inmóvil en el mismo lugar, como idiotizado, sintiendo el corazón golpeándole contra las costillas como un martillo y las náuseas ahogándole y nublándole la mirada.

Al fin se levantó, obligándose a reflexionar con calma. Ante todo, necesitaba borrar las huellas de su paso por el bosque, y necesitaba aún más regresar a la carretera forestal donde había quedado su coche inutilizado. Aunque era un auto robado, a la policía no le costaría nada descubrir sus huellas en él.

Decidiéndose, tomó el rifle y lo limpió con todo cuidado. Después, dominando su repugnancia, tomó las manos del muerto en cuyo pecho la rama había causado un espantoso desgarrón, y las apretó en los lugares del arma donde era lógico que estuvieran sus huellas al manejarlo.

Abandonó el arma a un lado y dio una última mirada a la escena. Después con un gruñido de disgusto, echó a andar.

Media hora más tarde llegó a la carretera, y tras diez minutos de descender por ella descubrió los dos coches. El que había conducido él y el otro perteneciente a los pistoleros.

El suyo estaba de costado en la cuneta, donde se había quedado al despistarse después de la curva. Era un viejo sedán con multitud de achaques, pero le había permitido huir de la última población por la que pasara antes de que aquellos dos matarifes le alcanzasen.

Estuvo casi un cuarto de hora limpiando el coche de toda posible huella. Esa limpieza haría romperse la cabeza a los policías, pero eso era lo de menos. Lo demás era que no pudieran descubrir

las marcas de sus dedos, porque entonces atraería, no sólo a los desconocidos asesinos que le rastreaban implacablemente, sino que toda la policía, desde California hasta ese territorio que no sabía muy bien cuál era, le caería encima como una nube de langostas.

Hecho esto, se acomodó en el coche de los pistoleros y prosiguió su delirante viaje, su angustiosa huida hacia no sabía dónde.

CAPÍTULO II

Le dolían los pies, y las piernas, y el alma, incluso, cuando apareció el pequeño camión en la desolada carretera que cruzaba la inmensa llanura.

Por instinto le hizo señas y la camioneta paró con un rechinar de sus frenos mal ajustados. John se encaramó al lado del conductor, un vejete desdentado que chupaba una pipa de brezo.

—¿De dónde diablos sale usted, hombre? —cacareó el anciano—. No hay una población en veinte millas a la redonda.

—Tuve un accidente en una carretera lateral. Bueno, no fue exactamente un accidente... Más bien mi cacharro se cansó de andar.

—Pues sí que... ¿Adónde se dirige?

—Tanto da un lugar como otro. Busco un trabajo..., cualquier trabajo.

El vejete le examinó descaradamente por el rabillo del ojo, mientras la camioneta daba saltos por la mal pavimentada carretera.

—No tiene aspecto de campesino —dijo al fin—. ¿Qué clase de trabajo busca?

John Cannon se encogió de hombros.

—Maldito si me importa. Todo lo que quiero es ganar algún dinero. Estoy en las últimas.

—Eso no necesita jurarlo. Pero por este territorio me parece que poco va a encontrar. Terminó la siega y aún no han empezado las labores de otoño, y sólo estos trabajos admiten personal. ¿Entiende usted algo de labranza?

—Ni una maldita palabra.

—Ya lo imaginaba. Mal asunto. Tal vez si puede llegar a Kansas

City... Pero para eso habrá de recorrer casi trescientas millas más.

John se encogió de hombros. Su mirada captaba la desolación de la llanura inmensa, donde el rastrojo que había quedado después de la siega amarilleaba, reflejando la luz del sol poniente.

De pronto dijo:

—No nos hemos cruzado con ningún otro vehículo. ¿Es que no hay habitantes en esta región?

El viejo se echó a reír, con lo cual la pipa casi escapó de sus desdentadas encías. Volvió a afianzarla y replicó:

—Hay grandes haciendas aquí y allá, y diez o quince millas más adelante está Jerome. No es una gran cosa, sólo un pueblo, pero es lo mejorcito de estos contornos.

El se recostó en el asiento, echó la cabeza atrás y cerró los ojos. El desaliento que anidaba en su interior se acrecentaba por momentos.

Oyó que el viejo decía algo, pero no le prestó atención. Sus propios quebraderos de cabeza le absorbían los sentidos.

—¿Se ha dormido o qué? —cacareó el anciano—. Le dije si quería una taza de café.

Eso le despabiló de golpe.

—¿Habla en serio? —exclamó.

—Seguro. El mejor café de Kansas.

—Vamos, no me torture más, sáquelo de una vez.

—¿Que lo saque? ¡Oh!; cree que lo traigo en un termo o algo así... No, hombre, mire ahí delante.

John miró y vio una construcción achaparrada, de madera y piedra. Un rótulo vertical decía que aquélla era la casa de Tina. Frente a la fachada principal había dos surtidores de gasolina. A la izquierda se extendía un largo cobertizo y, más allá, se alzaban como tres o cuatro cabañas pegadas una a la otra. Todo ello estaba cubierto de polvo y descascarillado, con evidentes muestras de descuido.

—¿Ahí venden el mejor café de Kansas? —preguntó, incrédulo.

—No se fíe de las apariencias. Ya lo verá.

El viejo paró la camioneta a un lado del establecimiento. Los dos hombres saltaron de la cabina y entraron en el bar.

En contraste con el exterior, el interior aparecía limpio y fresco. Había una docena de mesas y un largo mostrador, todo ello

desierto.

El viejo chilló:

—¡Eh, Tina! ¿Dónde diablos estás? ¡Tina!

Una voz de mujer salió de alguna parte. Después, una puerta se abrió detrás del mostrador y apareció la propietaria del lugar.

—Tú tenías que ser, viejo degenerado, quien armara tanto escándalo.

—¿Estabas en la cama con alguien o qué?

Rió su ocurrencia. Tina no pareció ofenderse por la broma y miró a John. Pareció mucho más interesada por él que por el anciano.

—Tú no eres de por aquí —comentó.

—No, vengo del Norte.

—Se quedó sin coche en alguna parte —explicó el viejo—. Busca trabajo. Está chiflado.

John rió sin humor. Le inquietaba la mirada de Tina.

En realidad, aquella mujer podía inquietar a cualquiera. Tenía un cuerpo de curvas rotundas y descaradas, que ella realzaba usando un vestido apretado que tiraba en todas direcciones, como si hubiera encogido allí mismo, sobre los senos grandes y puntiagudos y las caderas redondas y suaves.

—Queremos café, Tina. ¿Es que no me oyes? Deja de mirar a ese tonto y ocúpate de mí, que soy quien va a pagar.

La mujer se echó a reír y se encaró con la cafetera.

Cuando las tazas estuvieron humeando sobre el mostrador, dijo:

—No es éste el único chiflado de estos contornos, Gib. Ayer recibí la visita de otros dos.

Cannon se enderezó de pronto, tenso y alarmado.

Gib sorbió el café ruidosamente.

—¿También buscaban trabajo? —preguntó Cannon.

—No, pero querían comprarme el negocio.

El viejo Gib casi se atragantó.

—¿Comprarte todo esto?

—Eso dijeron.

—¡Madre mía! ¿Y no se lo vendiste?

—No me gustaron los tipos. Además, no quiero vender. Es lo único que tengo.

—Pero...

—Les dije que lo pensaría para quitármelos de encima. Eran unos tipos desagradables.

—¿Gente de Jerome?

—No, me parece que no. Conozco a casi todo el mundo en el pueblo. Forasteros, sin duda.

—Debes estar loca tú también. Este negocio no te da más que trabajo y pocos beneficios. Y algún que otro disgusto con los borrachos de fin de semana... ¡Cuernos! No comprendo cómo no aprovechaste la ocasión.

Ella se encogió de hombros.

—Odio que me coaccionen, y esos individuos actuaron con altanería, como si me hicieran un favor. Además, Gib..., a mi padre no le gustaría que vendiera. El levantó esto con sus manos desnudas.

—¡Pero, chiquilla! Fu padre murió hace cinco años.

—No importa el tiempo. Sé que no le gustaría.

Gib sacudió la cabeza, atónito.

—Bueno, allá tú; es tu negocio.

Sacó unas monedas y las dejó sobre el mostrador. Luego se dedicó a llenar la pipa y cuando consiguió encenderla saltó del taburete.

—Está bien, muchacho, vámonos. Quiero llegar al pueblo antes que anochezca.

Cannon asintió. Apuró el resto de su café y abandono el taburete. Esbozó un gesto de despedida y se dirigió a la puerta.

Antes que llegara a ella, la voz de Tina le detuvo:

—¿Tienes muchas pretensiones, forastero?

Se volvió.

—¿Pretensiones?

—Ya sabes, respecto al sueldo y esas cosas.

—No..., realmente no puedo tenerlas.

El viejo les miraba, asombrado.

Tina dijo como al desgaire:

—Yo podría emplearte si te conformases con poco sueldo. El negocio está mal, pero necesito a alguien que me ayude.

—¿Habla en serio?

Ella asintió.

—Comida, cama y algún trago de vez en cuando. Y en cuanto a

dinero...

—Me quedaría aunque sólo fuera por la comida y la cama, señora. Trato hecho.

Gib se quitó la pipa de la boca y cacareó:

—¡Yo debería pedirte un porcentaje, hijo! Te traje al paraíso... Nos veremos.

Riéndose socarronamente desapareció más allá de la puerta. Tina indagó:

—¿No traes equipaje, una maleta, o algo?

—Nada. Todo lo que tenía era un coche viejo y destartado que se cansó de andar.

—Pues sí que... Está bien, ya te comprarás algo en el pueblo cuando puedas.

—¿Cuál será mi trabajo, señora?

—Mira, deja eso de «señora», haces que me sienta más vieja de lo que soy y sólo tengo treinta años. Llámame Tina, como todo el mundo.

—Yo soy John Cannon.

—Johnny..., te llamaré Johnny. Bueno, tu trabajo será atender los surtidores de gasolina. Y durante la noche quedarte hasta las dos, o así, en el bar. Después, poco a poco, tú y yo iremos adecentando un poco todo esto. Las paredes piden una mano de pintura a gritos.

Cannon hubiera querido encontrar alguna frase que expresara lo que sentía en esos momentos. Sólo que no halló nada, ni siquiera voz con que agradecer a aquella mujer esa salvación que le brindaba.

—Ocuparás una de las cabañas, elije la que quieras. Las tengo porque, de vez en cuando, algún camionero decide pasar la noche aquí y pagan buen dinero por ellas. También habrá que adecentarlas un poco. Pero de todo eso hablaremos mañana.

—Está bien, Tina..., pero quisiera poder agradecerle ese favor de algún modo.

A ella le chispearon sus ojos azules.

—Lo agradecerás con el trabajo, no creas que vas a vivir panza al aire como los lagartos. Vamos, te enseñaré las cabañas.

La siguió al exterior. Las sombras del crepúsculo planeaban ya sobre la llanura haciéndola todavía más inmensa, más desolada.

Pero de aquella tierra fértil parecía alzarse un vaho de energía, de vitalidad, que se contagiaba a las renacidas esperanzas de John Cannon...

CAPÍTULO III

Durante la mañana siguiente John Cannon atendió cinco coches. Puso la gasolina que pidieron y a uno de ellos le cambió el aceite, dándose maña para el trabajo.

Luego, todo volvió a quedar desierto y en calma. Algún que otro camión pasó por la destartada carretera, pero ninguno se detuvo.

John se dedicó a reconocer los alrededores. En el largo cobertizo había un «Mercury» de tres años atrás cubierto de polvo. En un rincón vio una segadora de césped con motor de gasolina, también polvorienta y abandonada. Había muchas herramientas en un armario de madera, cuidadosamente ordenadas, pero con aspecto de no haber sido usadas en años.

No oyó llegar a Tina, que estuvo observándole desde la entrada. Hasta que la mujer dijo:

—Mi padre montó todo esto. Era aficionado a construir cosas...

El se volvió.

—Hay herramientas para montar todo un taller —comentó—. Lástima que esta carretera no tenga más tránsito.

—No te fíes de las apariencias. Durante la semana hay poco movimiento, pero los fines de semana es muy distinto. La gente de la comarca me aprecia y procuran surtirse, aquí, de gasolina y aceite. Y pasan muchos coches de otras poblaciones que van y vienen...

El asintió y salió al sol. Tina se había vestido con unos pantalones negros, ajustados, y una blusa que luchaba por tener controlados los pechos, donde debían estar. El se forzó a apartar la mirada de los agudos pezones que se insinuaban bajo la tela y dijo:

—Cuando quiera empezaré a pintar esa fachada, Tina. Le está haciendo falta.

—La semana que viene; he de pedir la pintura a Jerome.

El señaló el «Mercury».

—¿Qué le pasa, no sabe conducir?

Ella sacudió la cabeza.

—No funciona, Johnny. El maldito trasto se estropeó y el mecánico de Jerome que vino a echarle un vistazo acabó de despanzurrarlo. No sé qué hacer con él.

—Podría darle un vistazo, si usted quiere.

—¿Entiendes algo de motores, Johnny?

—Un poco. Siempre fui aficionado a la mecánica. Incluso truqué algún motor para competiciones de aficionados.

Ella suspiró.

—Sería estupendo que pudieras arreglarlo...

El asintió.

—He visto topas viejas ahí, al fondo. Si usted atiende a los coches que vengan, empezaré ahora mismo.

—De acuerdo. Estás resultándome una fuente de sorpresas, Johnny.

Tina se fue y él la siguió con la mirada. El descarado contoneo de sus caderas era todo un espectáculo, y con aquellos pantalones que moldeaban sus muslos hasta el menor detalle, cualquiera podía quedarse sin resuello. Johnny no fue una excepción y se quedó sin resuello.

Se cambió de ropas y empezó a examinar el motor del coche. Hizo algunos intentos con el arranque y comprobó que la batería estaba agotada. La quitó, y luego desmontó el carburador. Estaba sucio y lleno de polvillo negro, de modo que lo limpió pieza por pieza, olvidándose por ese tiempo de sus propios problemas. Por primera vez en mucho tiempo sentíase relajado, tranquilo y a gusto con el trabajo.

Tenía todas las piezas del carburador desparramadas sobre el banco de trabajo cuando oyó llegar un coche. Pensó que venía en busca de gasolina, pero no se detuvo en los surtidores, sino que siguió adelante hasta la misma puerta del bar.

Asomó la cabeza a tiempo de ver aparecer a dos hombres del auto. Éste era un sedán azul oscuro último modelo. Llevaba matrícula de la ciudad de Kansas.

Johnny arrugó el ceño. De nuevo volvían los temores, la

sensación de sentirse acorralado como un animal en una cacería.

Volvió a su trabajo, pero ahora tenso y alerta, porque, una vez más, experimentaba el temor del perseguido.

Minutos después oyó un grito de Tina, y luego el sonido de cristal rompiéndose como un estallido.

Salió del cobertizo y echó a correr. Antes de llegar al bar oyó otro estruendo de cristales rotos y nuevos gritos de Tina, esta vez acuciantes.

Entró de un salto y se quedó mirando el cuadro. Uno de los desconocidos mantenía sujeta a Tina fuera del mostrador, aprovechando para manosearla brutalmente. El otro estaba muy ocupado echando abajo todas las botellas de los estantes.

—¿Qué diablos están haciendo? —gritó, parándose a dos pasos del que sujetaba a la muchacha.

El del mostrador le miró tranquilamente.

—¿Quién es ése, nena? —graznó—. No nos dijiste que tenías un empleado...

—¡Suéltela, hijo de perra! —Gruñó Cannon.

El que sujetaba a Tina obedeció, riéndose.

—Salió un héroe, Fleece. ¿Qué hago con él?

—No sé... Rómpele algo para que deje de estorbar.

Tina dio un grito.

—¡Déjalos, Johnny, están armados!

El tipo que la había manoseado se echó a reír de nuevo y avanzó. Johnny retrocedió un paso, agazapado, mirándole con ojos que parecían dos rendijas.

—No voy a utilizar armas con él, cariño —dijo como si la cosa le divirtiera—. Ya oíste a Fleece. Quiere que sólo te rompa algún hueso.

Era un tipo grande y ancho, con una barriga prominente. Tendió la mano izquierda, como disponiéndose a sujetar a Johnny con ella, pero de pronto disparó la derecha convertida en un enorme puño.

Cannon recibió el impacto en el mentón y voló de espaldas. Cayó sobre una mesa y la rompió con estrépito.

Tina chilló, empavorecida. El del mostrador olvidó la destrucción de la botellería para contemplar el espectáculo.

El grandote avanzó hacia donde Johnny estaba sentado en el suelo, sacudiendo la cabeza, en medio de los pedazos de la mesa.

—Vamos, pichón, levántate. Uno no puede sacudirle a un tipo sentado.

Johnny enseñó los dientes con una mueca de lobo.

—Eres muy considerado —comentó—. Debes haber aprendido modales en una pocilga.

Sus dedos se cerraron en torno a una pata de la mesa. Cuando se levantó de un salto, volteó la pata de madera y descargó un garrotazo contra la cara del tipo. La pata de madera se rompió con el impacto, y la cara sonrosada del tipo también. Pareció estallar en medio de un surtidor de sangre, y el grito que dio el hombre hizo retremblar las paredes.

El del mostrador tardó unos segundos en asimilar lo sucedido. Entonces se enderezó, gruñendo, y su mano desapareció debajo de la chaqueta.

Johnny le arrojó el pedazo de madera que aún conservaba empuñada. Lo tiró con todas sus fuerzas, y a pesar de que sólo golpeó al tipo llamado Fleece de refilón, hizo que éste cayera hacia atrás manoteando.

Cannon brincó por encima del mostrador. Atrapó una botella de un zarpazo y, utilizándola como una maza, la hizo añicos contra la cabeza de Fleece.

El *whisky* se mezcló con la sangre. Inundó los ojos del tipo y sus aullidos no tuvieron nada que envidiar al único grito de su compinche.

Tina no daba crédito a sus ojos. Igual que paralizada, miraba a Johnny como si éste fuera un marciano o algo así.

Fleece se levantó apoyándose pesadamente en el mostrador. Cuando estuvo de pie tuvo un trabajo endiablado frotándose los ojos para librarlos del alcohol.

Pero el recobrar la visión no fue ningún consuelo para él, porque se encontró con una larga y afilada daga de cristal ante los ojos. Johnny empuñaba el cuello de la botella rota, y de éste se prolongaba aquella mortal lengua puntiaguda y chispeante.

—Muévete y te rajo tu fea cara —le advirtió Cannon, con voz tensa—. Vuélvete de espaldas... así. Ahora coloca las manos sobre la cabeza.

Cuando el otro hizo lo que le ordenaba, le tanteó el costado con la mano izquierda hasta quitarle una automática del 45.

—Un poco más y te traes un bazooka...

Le empujó fuera del mostrador. El que recibiera el porrazo en la cara seguía inconsciente en el suelo, con la cabeza en medio de un enorme charco de sangre.

Johnny se inclinó y le quitó, también, la pistola que llevaba en una funda axilar. Era otra 45 automática.

—¿Qué diablos querían ese par de bestias? —Gruñó.

Tina tragó saliva.

—Comprarme... el negocio. Cuando les dije que no iba a vender empezó todo.

—Ya veo...

—Son los mismos que vinieron antes que tú llegaras.

Johnny se volvió hacia Fleece, con una pistola en cada mano.

—Ya oíste a la señora. No quiere vender. ¿Está claro?

Fleece asintió con un gesto.

—Muy bien. La próxima vez que cualquiera de los dos aparezca por aquí será hombre muerto. ¿Lo entendiste, Fleece?

—S... sí...

—¡Ajá! Ahora saca todo lo que lleves en los bolsillos y déjalo sobre esa mesa. Cuando termines, vacía los de tu compinche.

Fleece hizo lo que le ordenaba, aunque rechinando los dientes de furia impotente. Tenía la sensación de que aquel tipejo podía matarle sólo con desearlo. Y él se jactaba de conocer a los hombres.

Así que vació también los bolsillos de su camarada se apartó a un lado, mirando, inquieto, las dos pistolas amartilladas que le vigilaban.

Johnny sonrió.

—Echa un vistazo a todo eso, Tina —ordenó—. Quédate con el dinero en pago de las botellas rotas y toma nota de los nombres y direcciones de esos dos monos.

Tina se dio una prisa endiablada. Sobre todo a embolsarse todo el dinero que había encima de la mesa, más de quinientos cincuenta dólares. Después anotó los nombres y direcciones de ambos pistoleros, aún sobrecogida por lo ocurrido.

Johnny gruñó cuando hubo terminado:

—Tú, Fleece, recoge esta basura de aquí, llévate a tu compinche y no se te ocurra volver jamás.

—No sabes en lo que te has metido —jadeó el pistolero.

—Pensaré en eso, después.

Fleece recuperó sus documentos. Cargó con su inconsciente compañero y se fue trabajosamente hacia su coche, donde lo arrojó sin ninguna delicadeza. Instantes después el auto salía zumbando carretera adelante.

Sólo entonces, Tina balbuceó:

—Creí que... que te mataban, Johnny.

Él estaba corriendo los seguros de las dos pistolas y no replicó.

Así que ella dijo:

—Después tuve miedo de que tú les mataras a ellos... ¡Dios! Fue horrible...

—Esa gente no entiende otro lenguaje que ése. Tina.

Ella no podía dejar de mirarle.

—Estoy asustada, Johnny.

—Si vuelven les recibiremos a tiros. Ahora tenemos su propia artillería.

—No me refería a ellos sino a ti. Ningún hombre normal habría peleado de ese modo... ni se mostrara tan indiferente ante la duda de tener que disparar una pistola.

—¿Qué crees que soy?, el hermano de Al Capone.

—No quise decir eso...

—Entonces, olvídalo. Yo también empiezo a pensar que he cometido una estupidez.

Se fue hacia el cobertizo llevándose las dos pistolas.

Cuando estuvo seguro de que la muchacha no le había seguido, buscó entre sus ropas y en un cuadernito de tapas negras anotó la matrícula del coche de los forajidos.

Tras esto guardó las automáticas en el cajón del banco de trabajo y volvió a pelear con el carburador.

Pero ya no le encontró el mismo gusto al trabajo. Una viva inquietud volvía a dominarle y de pronto llegó a la conclusión de que debía abandonar ese lugar cuanto antes.

«Por la mañana», decidió.

Tras esto siguió con lo que estaba haciendo.

CAPÍTULO IV

Tendido de espaldas sobre la cama trataba de decidirse a emprender el vuelo. La cabaña estaba a oscuras y el silencio lo envolvía todo. No podía conciliar el sueño porque su mente era un caos de ideas contradictorias.

No sabía cómo decirle a Tina que se iba. En realidad, estaba seguro de que le faltaría determinación para despedirse de aquella mujer que había confiado en él.

Y marcharse sin decirle nada se le antojaba una mezquindad, una cobardía.

De pronto oyó un rumor en la puerta. Se irguió despacio y hundió la mano debajo de la almohada. Sus dedos se cerraron en la firme culata de la pistola.

La puerta se abrió con un leve chirrido. Por la claridad de la abertura vio deslizarse la inconfundible silueta de Tina.

Ella susurró:

—Johnny..., ¿estás despierto?

No replicó. Sentía el corazón golpeándole el pecho con violencia.

Ella cerró la puerta y avanzó, poco a poco. Sus pies descalzos no provocaban ningún rumor, pero su agitada respiración era tan delatadora como el sonido de un clarín.

Cuando estuvo junto al lecho, Cannon gruñó:

—¿Qué diablo haces aquí?

—No podía dormir... en realidad, tampoco lo deseaba...

El ocultó la pistola bajo la almohada, otra vez.

—Mejor será que vuelvas a la cama, Tina.

—Creo que voy a volverme loca, Johnny.

—¿Sí?

—Siempre estuve sola, desde que murió mi padre. Muchas veces

padecí insomnio, pero nunca sentí la urgencia de un hombre hasta que tú llegaste.

—Estás complicándolo todo.

—Estoy diciéndote que te necesito.

—Tina, yo... yo no puedo quedarme contigo.

Ella se encaramó a la cama. Los muelles rechinaron con el exceso de peso.

—Ya lo sé..., siempre he sabido que tú no eras hombre para quedarte en un lugar como éste, sin ningún porvenir. Pero todo el tiempo que estés aquí, conmigo...

El notaba el calor de su cuerpo, el aroma fresco y sensual que se desprendía de su piel. De pronto tendió las manos y la garganta se le secó al comprobar que fina estaba desnuda.

—Quiero que me acaricies, Johnny... y acariciarte... y amarte...

Él quiso decirle que a la mañana siguiente huiría de ese lugar como un cobarde, como el perro perseguido que era. Quiso decirle que nunca más volverían a verse en este mundo...

No pudo decir nada. Sus manos sentían la tersa piel de la mujer, la turgencia de sus pechos maduros. Cuando ella se deslizó sobre él sus bocas estallaron en una llamarada y ya ninguno de los dos habló una palabra.

* * *

El alba recortaba con una leve claridad el rectángulo de la ventana. Estaban tendidos uno junto al otro y la cabeza de Tina reposaba sobre el pecho de él. Johnny tenía los ojos abiertos desde hacía más de una hora.

De pronto, Tina despertó y, por algún extraño fenómeno, supo que él tampoco dormía y dijo:

—Estuve soñando, Johnny.

—Yo también, pero lo mío fue más bien una pesadilla.

—¿Qué te preocupa? Si tienes miedo a atarte a mí.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué? Quiero ayudarte si me dejas.

—Nadie puede ayudarme.

—Yo, sí. Sólo cuéntame qué te sucede.

El sacudió la cabeza en la penumbra. De modo instintivo

acarició los sedosos cabellos de la muchacha.

—Olvidalo, Tina.

Ella giró sobre sí misma, apoyándose en los codos j verle la cara a él.

—Desde que llegaste sé que hay algo raro en ti, Johnny. Algo quizá peligroso. Un hombre como tú no anda tumbo de un lado a otro, en busca de cualquier trabajo.

—Deja de dar vueltas al tema.

De pronto, ella le espetó:

—¿Te persigue la policía, Johnny?

—Me persiguen, pero ojalá fuera solamente la policía. Y eso es todo lo que voy a decirte, así que deja hacer preguntas. Cuanto más supieras, más peligroso sería para ti.

—¡Pero quiero ayudarte! ¿Es que no lo entiendes?

—Nadie puede ayudarme, y tú menos que nadie. ¡Maldita sea, déjame en paz!

Se levantó violentamente, quedándose junto a la ventana.

Ella estuvo unos momentos quieta, mirándole, apenas una recia silueta en la semioscuridad del cuarto. Luego, se deslizó fuera de la cama y se apretó contra la espalda de él al tiempo que le rodeaba el cuerpo con los brazos.

—Lo siento —musitó—. No haré más preguntas. Sólo te amaré, Johnny.

—Estás loca, loca de remate...

Tina sentía el calor de los duros músculos de él contra su cuerpo desnudo. Estrechó más su brazo, queriendo fundirse dentro de él con todas sus ansias y anhelos.

Entonces, Johnny se puso rígido y la apartó bruscamente.

—¡Johnny! ¿Qué...?

—¡Silencio!

—Pero yo...

—¡Calla!

Ella contuvo el aliento. Oyó el susurro de unos neumáticos sobre el cemento de la explanada que había en torno a los surtidores.

Johnny susurró:

—Han parado el motor antes de llegar a los surtidores...

Saltó hacia la cama y empuñó la pistola.

—No te muevas ni hagas ningún ruido, Tina —dijo, con voz

queda—. Algo está sucediendo ahí fuera.

Ella asintió, temblando.

Cannon abrió la puerta con sumo cuidado. Vio el brillo opaco de una carrocería gris, y la silueta de un hombre moviéndose junto a uno de los surtidores. Otro esperaba ante el volante.

Él se deslizó al exterior pisando como un gato. Se agazapó junto al cobertizo y desde allí gritó:

—¡Eh, quieto donde está!

El tipo que manipulaba junto al surtidor dio un salto. Una portezuela del coche se abrió y el motor empezó a zumbar.

Desde el coche el conductor hizo un disparo sin saber a ciencia cierta contra quién. Johnny levantó la pistola y tiró del gatillo. La bala abrió un agujero en el parabrisas del coche. Lo malo fue que abrió otro mucho más grande en la cara del conductor, que dio un salto y un grito. Al saltar, quitó el pie del embrague y el gran coche dio un salto adelante, zigzagueando, hasta que el motor se caló a un lado de la carretera.

El otro hombre echó a correr hacia el coche, Johnny le envió un plomo sin apuntar.

—¡Párese, o el próximo le tumbará! —gritó.

El tipo tenía una prisa endiablada. Ya ni siquiera se preocupó del coche. Cambió de rumbo y voló carretera abajo, como un gamo.

Johnny llegó al surtidor de gasolina en unos saltos. Vio el pequeño maletín metálico adosado al aparato y sintió que se le helaba la sangre. Obrando por puro instinto, agarró el objeto y corrió hasta el coche. Rebinando los dientes arrojó el pequeño maletín a su interior y retrocedió a saltos hacia las cabañas.

Tina se echó en sus brazos.

—¿Qué pasó, Johnny?

Por primera vez, él se dio cuenta de que ambos estaban desnudos. La tensión que le dominaba cedió, y sintió unos deseos terribles de reír a carcajadas.

—Debí formar una hermosa imagen, tiroteándome... desnudo allá fuera... Pero ahora échate al suelo, y aprisa.

—¿Por qué? Tenemos una cama ahí, ¿lo olvidaste?

—¡Maldita sea, no discutas!

La arrojó al suelo y él atrapó el colchón. Se tendió al lado de la muchacha y colocó el colchón sobre sus cuerpos.

—Colocaron una bomba en el surtidor —explicó, al fin, con voz queda—. Pude sacarla de allí, pero ignoro qué potencia tiene. Si es muy grande, puede echamos encima el techo de esta cabaña, así que ya sabes a qué atenerte.

Ella se enroscó en torno a su cuerpo. Temblaba, pero su piel ardía como si tuviera liebre.

El la besó y al hundir la boca en sus labios fue como la hundiera en un cepo de fuego.

Entonces hubo el estallido allá fuera, y los cristales de las ventanas volaron en pedazos, y la puerta saltó de sus goznes mientras se alzaba una terrible llamarada y el coche gris volaba por los aires despanzurrado, informe, hecho pedazos lo mismo que el cuerpo del pistolero que había manejado el volante.

Cuando Johnny salió de la cabaña vio las llamas de la gasolina del coche, y los pedazos de éste esparcidos por la carretera. Imaginó lo que habría sucedido si esa bomba hubiera estallado en la base del poste y la idea le heló la sangre.

Volvió a entrar para vestirse. Tina le miró, asustada.

—Mejor será que vayas a vestirme —le dijo—. Hay que llamar a la policía, esta vez.

—Johnny... si no hubieses estado aquí, conmigo...

—Bueno, probablemente estarías volando en compañía de los pajaritos, lo mismo que todo tu negocio.

—Pero ¿por qué lo hacen, Johnny? Esto no vale tanto. En realidad, como inversión no vale nada.

—Maldito si lo sé Pero no es el negocio en si lo que persiguen, puesto que estaban dispuestos a volarlo. Anda, ve a vestirme. Desnuda eres todo un espectáculo, pero quizá los policías opinarían de otra forma.

Ella se miró de arriba abajo. Luego le miró a él mientras se ponía los pantalones y sonrió por primera vez.

—También tú me gustas desnudo, Johnny.

—No tienes ni pizca de vergüenza, nena.

—Contigo, no.

Echó a correr y desapareció.

El acabó de vestirse y fue hacia el teléfono. Luego o pensó mejor y esperó a que Tina saliera de su cuarto.

—Debes ser tú quien denuncie el atentado. Cuéntales toda la

verdad. Casi solamente; ¿entiendes? Tú y no estábamos juntos cuando sucedió.

—Entiendo... te preocupas por mi buen nombre.

—Me preocupo para que nunca pueda perjudicarte el haberme conocido. Y ahora, agarra el teléfono de una vez.

Mientras ella llamaba, Johnny se fue a preparar café.

CAPÍTULO V

Cuando el *sheriff* y su improvisado equipo terminaron de amontonar la chatarra a un lado de la carretera, y los pedazos del forajido en otro, había transcurrido así toda la mañana.

Se había corrido la voz de lo sucedido y los coches llegaban uno tras otro, como en una peregrinación. Como excusa pedían gasolina, o aceite, o los curiosos entraban en el bar a beber algo y hacer preguntas, con lo cual el negocio era incesante.

Johnny acabó de llenar del depósito de un «Cadillac» y al volverse se encontró con el *sheriff* a sus espaldas.

—Quiero hablarle, Cannon. ¿Me dijo que se llamaba así?

—John Cannon.

Se embolsó el dinero y el «Cadillac» maniobró, apartándose.

—Cuéntame otra vez esa historia, Cannon. Lo cierto que no entiendo nada. Todo esto se me antoja una estupidez.

—Yo tampoco lo comprendo. Mire, hay alguien en alguna parte que quiere comprar el negocio de Tina Bueno, de la señorita Loren. Ayer tuve que pelear con dos hijos de perra armados de pistolas, cuando quisieron intimidarla para que vendiera. Y esta madrugada me despertó el rumor de un coche. Como no era hora de servicio ni mucho menos, me alarmé y salté de la cama. Vi a un tipo hacer algo junto a ese poste. Le grité que se apartara de ahí y salí corriendo. Él debió llevarse un buen susto, también, porque fue tardo en reaccionar. Corrió hacia el coche y yo descubrí una especie de maletín metálico ahí, en el suelo, pegado al poste de gasolina. La idea me asaltó como un rayo. Pensé que era una bomba. Tuve el tiempo justo de coger el maletín y arrojarlo hacia el coche. Bueno, el resto, usted lo vio.

—Querían volarlo todo... ¿Por qué, si lo que quieren es comprar

el negocio?

—No me lo pregunte. Estoy diciéndole lo que paso. Pero los hombres de negocios no hacen sus inversiones con la pistola en la mano, o colocando bombas.

—No, claro... Oiga, ahora que se me ocurre. ¿Ese coche despedazado era el mismo que la otra vez?

—No. Pero tengo la matrícula del primero. La anoté sin saber muy bien por qué. Quizá descubriendo a quién pertenecen esos coches, averigüe usted la identidad de quien envía tantos matones.

—¿Quiere enseñarme mi trabajo, muchacho?

—Por supuesto que no. Sólo expuse una idea.

—Bueno, siga atendiendo el negocio. Voy a charlar un poco con Tina.

Camión suspiró al quedar solo. El *sheriff* no parecía un policía, pero daba la sensación de tenacidad.

Hubo de atender a tres coches más en cuestión de minutos. Después se dirigió al bar.

Estaba lleno, y el *sheriff* charlaba con Tina en un extremo del mostrador. Todo el mundo comentaba lo sucedido.

El estridente sonido de un claxon, allá fuera, le impidió reunirse con ellos.

El *sheriff* le siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido. Entonces comentó:

—No sabía que tuvieras un empleado, Tina. ¿Quién es él, le conoces?

—Usted ya le habló... Es un gran chico.

—Demasiado bueno para este lugar.

—Gracias, hombre.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿De dónde vino, tampoco lo sabes?

—Del norte. Llegó en

auto-stop

. Buscaba trabajo y lo empleé... Quiero remozar un poco todo esto antes que lleguen los fríos.

—Si quieres, puedo investigar quién es... sería más seguro para ti.

—¡Oh, no, Caine! Confío plenamente en Johnny. Vale más que investigue a esos bastardos que quieren arruinarme.

—Lo haré. Siempre estuve seguro de que eres una chica estupenda, Tina. Ya en vida de tu padre... Pero rueño, eso son tonterías. Lo que tú necesitas es casarte de una condenada vez.

Ella se echó a reír.

—¿Qué diría su mujer, hombre?

—¡No conmigo, maldita sea! ¡Oh!, estoy haciendo el ridículo.

Se fue, resoplando, hacia la puerta. Tina volvió a sus ocupaciones y el rumoreo de las charlas le hicieron olvidar, por el momento, su miedo y su preocupación.

El *sheriff* buscó a Johnny para pedirle la matrícula del otro coche. Luego dio instrucciones para cuando fueran a recoger los pedazos del coche gris y se largó haciendo sonar la sirena a todo volumen.

El ir y venir de coches cargados de curiosos no cesó en todo el resto del día, de modo que hasta bien entrada la noche Johnny y Tina no pudieran quedarse solos.

* * *

Habían cenado juntos en la mesa de la cocina que había detrás del bar. Johnny encendió un cigarrillo y se quedó pensativo, con la mente girando como un torbellino.

Tina quitó los platos y trajo café. Después tomó un cigarrillo del paquete de él y murmuró:

—¿En qué piensas, Johnny?

—En todo esto, en la casualidad que hizo que yo estuviera aquí... Pienso en muchas cosas y no pienso en ninguna, concretamente. Estoy hecho un lío.

—¿Aún no quieres confiar en mí?

El la miró. Por primera vez en mucho tiempo una chispa de ternura asomó a sus duros ojos.

—Confío en ti, pero saber demasiado sería terriblemente peligroso para tu seguridad. Cuando me vaya debes ignorarlo todo..., incluso olvidarte de que me conociste.

—Eso no, Johnny. No podré olvidarte, aunque me lo proponga.

El sacudió la cabeza.

—Tendrás que hacerlo, Tina, créeme.

—Pero ¿por qué? Si al menos me dieras una explicación. Todo lo

que entiendo es que te persigue la policía...

—Yo no dije eso. Y déjalo correr, por favor.

—¡Maldito seas! No puedo dejarlo correr, así como así. Te has metido en mi sangre como una droga y eso no me había sucedido nunca hasta ahora, así que tengo algún derecho, ¿no?

Johnny no replicó una palabra durante un buen rato.

Después, cuando se decidió, dijo:

—Todo lo que puedes saber es que soy un perseguido. La policía me busca, pero quienes me rastrean los pasos a través de todo el país son una pandilla de chinos peores que esos que estuvieron aquí. Son implacables y no desisten nunca... buscan el rastro, días y días, hasta que encuentran mis huellas. Entonces atacan...

—¿Por qué, Johnny, qué hiciste?

Una nube negra enturbió la mirada de él.

—Olvidalo, Tina. Ya te he dicho todo lo que puedo decirte sin que sea peligroso para ti. Por favor...

Ella desvió la mirada de aquellos ojos que, de repente, habían adquirido un brillo y una dureza como de acero, como si ni siquiera fueran humanos.

—Está bien —susurró—. No más preguntas.

En el silencio que siguió oyeron la llegada de un coche en la parte delantera. El coche maniobró y unos instantes después la campanilla de la puerta del bar tintineó.

—Yo iré —dijo la muchacha, levantándose—. Esta noche ya no necesitas irte a la cabaña...

El la vio salir y se afianzó todavía más en su intención de abandonar ese lugar cuanto antes. Quedarse más tiempo significaba atarse a esa mujer, lastimarla en su confianza, en su ternura, en toda su vida.

Sin prestar ninguna atención oyó las voces de hombre, y la de Tina, en el bar. Por lo visto charlaban por los codos.

Quince minutos más tarde escuchó el rumor del coche alejándose y Tina reapareció. Su bonita cara estaba lívida.

Él se levantó de un brinco.

—¿Qué te pasa?

—Son ellos, Johnny...

—¿Quiénes?

—Los que te persiguen.

El sintió un frío de muerte en la nuca.

—¿Cómo lo sabes?

—Preguntaron... si había pasado por aquí un forastero, y te describieron con todo detalle. Si te había visto en algún coche, cosas así. No paraban de hacer preguntas. Pero ellos no te llamaron Johnny Cannon... dijeron que eras amigo suyo y que te llamabas Frank.

El color huyó de las mejillas de Johnny.

—No debí quedarme —murmuró—. Cierra la puerta del bar y asegúrate de que cierras con llave.

—Pero si es pronto todavía. Y esos hombres ya se fueron. Les dije que no te había visto nunca..., que no sabía nada de ti.

—No importa lo que les dijeras. Son profesionales, Tina, y jamás abandonan.

Una voz dijo a sus espaldas:

—Tienes toda la razón del mundo, muchacho.

Tina dio un grito. Johnny ni siquiera hizo un movimiento, continuando sentado a la mesa con las manos planas sobre ésta.

El hombre que les había sorprendido rió entre dientes y levantando la voz gritó:

—¡Eh, Vince, ya puedes dejar de vigilar! El pichón está en el nido...

Otro hombre apareció junto a él ante la mirada desorbitada de Tina. Los dos eran hombres grandes y sombríos, a pesar de la risa sarcástica del primero.

El llamado Vince clavó los ojos en la nuca de Johnny.

—¿Es él, estás seguro?

—Les oí hablar. De todos modos, tú, pichón, levántate y míranos. Johnny obedeció.

—¿Te convences? Es nuestro amigo. Esa linda zorra intentó tomarnos el pelo, pero mientes muy mal, preciosa. Se necesita mucho más para engañar al viejo Harley.

Tina boqueó hasta que pudo articular:

—¿Qué... qué van a hacer?

—Ésta es una buena pregunta. Respóndele, Vince.

El aludido balanceó el revólver que empuñaba.

—Te vamos a organizar un funeral, nena. Pero antes veremos si hacernos algo más contigo. Tienes un cuerpo que da vértigo, ¿no te

parece, Thomas?

—Depende del tiempo que nos lleve convencer al pichón. De momento, escolta a la dama para que cierre las puertas del negocio y apague todas las luces. No quiero que cualquiera que pase por la carretera pueda tener la idea de pararse aquí.

—Ya lo oíste, preciosa, mueve ese trasero delante de mí... así, sin prisas, primor... ¡Eres todo un espectáculo...!

Salieron, y la risa del pistolero se alejó hasta extinguirse.

Johnny barbotó:

—Ella no tiene nada que ver en lo nuestro, dejadla en paz.

—¿Después que nos tomó el pelo? Además, nos ha visto las caras y las mujeres charlan más que un papagayo. ¿Quieres hacer las cosas fáciles, Talbot?

—Me llamo Cannon.

—Bueno, bueno, ¿qué importa un nombre más o menos, entre amigos? —soltó una carcajada, mientras balanceaba la gran automática que empuñaba—. Puedes hacer que te entierren con el nombre que prefieras, pero ahora responde a lo que te pregunté, ¿sí?

—¿Qué esperas que haga?

—Bueno, hay algo en alguna parte... el jefe dijo que probablemente sería un paquete muy pequeño, o un sobre. Sólo tienes que entregarlo y la cosa será limpia y rápida.

—Quieres decir que me matarás de modo limpio...

—Ni más ni menos. Tú sabes mejor que nadie los modos y maneras que hay de morir despacio... muy despacio. ¿Entiendes?

—Seguro.

—Entonces, haz que todo sea rápido y limpio.

—No puedo.

—Mira, Talbot...

—No puedo. No tengo eso que buscas. Ni siquiera supe nunca qué era. No lo vi. Ella dijo que con eso inedia ciudad saltaría en pedazos, pero nada más.

—Tú le retorcaste el pescuezo para quedarte con el sobre, pichón, no me vengas con cuentos, ahora.

Poco a poco, para que el pistolero no creyera otra cusa, Johnny sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y se llevó uno a los labios. Tomó las cerillas de encima de la mesa y lo encendió.

Oyó los pasos del otro pistolero y de Tina, que regresaban.

Cuando entraron en la cocina, Harley dijo:

—Se emperrea en que no sabe nada de lo que buscamos, Vince.
¿Qué te parece?

—Es tonto. Sabe que acabará por escupir todo lo que queramos y más, antes que acabemos con él.

Johnny resopló, expeliendo el humo.

—Dejadla a ella en paz y hablaremos —gruñó.

—¡Oh, no, eso no, pichón! Esa nena va a tener mucho trabajo en la cama cuando terminemos tu asunto.

—Quizá fuera mejor hacerlo de otro modo...

Hubo un silencio. Después, Harley añadió:

—Por ejemplo, cortar en pedacitos a la nena ante sus ojos... Eso quizá le decidiera a colaborar, ¿no te parece?

Vince hizo una mueca y Tina casi se desmayó.

—Yo no quiero revolcarme con una golfa hecha tiras —protestó el forajido.

Johnny arrojó el cigarrillo y masculló:

—¡Dejadla en paz, maldita sea!

—De ti depende.

Sacó otra vez el paquete de cigarrillos y se colocó un nuevo pitillo en los labios. Ninguno de los pistoleros advirtió que metía el paquete en un bolsillo distinto del que lo sacara.

Estaban seguros de su poder y de su fuerza. Habían sorprendido a la pareja en torno a la mesa donde acababan de cenar, de modo que ninguno pensó en lo que deberían haber pensado.

Johnny disparó desde el interior del bolsillo. El estruendo de la 45 le dejó sordo, pero a Harley le dejó sin cabeza. Sus sesos se esparcieron por toda la pared que tenía detrás, creando un cuadro surrealista de manchurroneos grisáceos y rojos.

Vincent se quedó helado, viendo derrumbarse aquel cuerpo sin cabeza. Luego, ya era tarde para hacer nada porque cuando giró el revólver, Johnny disparó otra vez, y una tercera, y los pesados proyectiles blindados le hicieron girar como un trompo, en medio del estruendo y de los alaridos de Tina. Acabó estrellándose contra la pared, a un lado de la puerta, y de allí se deslizó al suelo.

Johnny respiraba como un fuelle y el humo de la pólvora le escocía en los ojos. Tina seguía chillando como una loca.

—¡Cállate de una vez! ¿Me oyes? ¡Cierra la boca!

Ella dejó de gritar, pero se quedó con la boca abierta y jadeante.

Johnny se dejó caer sentado en una silla. Buscó un cigarrillo y éste lo encendió con verdaderas ansias. Temblaba y sentía ganas de vomitar.

Tambaleándose, Gina dio la espalda a los cadáveres y fue a sentarse junto a él.

Ninguno habló durante un buen rato.

Hasta que él murmuró:

—Eso era lo que quería evitarte marchándome sin que supieras nada de mí, Tina.

—Lo entiendo. ¿Qué haremos ahora?

—¿Con estas carroñas quieres decir? Maldito si lo sé. Dos muertos más harán saltar al *sheriff* hasta las nubes...

—Podemos decirle que vinieron como los otros, para echarme de mi negocio. Hubo una batalla y... y les mataste. Fue en defensa propia, y eso sí es cierto.

—Claro, y él lo creará, sin más. ¿Cómo explicas que yo tuviera la pistola en el bolsillo, y que siendo uno contra dos les ganara por la mano? Se supone que un ciudadano cualquiera no está familiarizado con las armas lo suficiente para matar de ese modo.

—Johnny... tú sí estás mentalizado para matar.

Él se encogió de hombros.

—Estoy mentalizado para sobrevivir —rechinó entre dientes, colérico—. ¿Viste la clase de coche que trajeron?

—Es un «Cadillac» negro, con matrícula de Los Ángeles.

Él se estremeció.

—De Los Ángeles... Directos desde el cubil —dijo sombrío.

—¿No se te ocurre nada?

—Sólo cargar estas dos carroñas en el coche y despeñarlo en algún lugar apartado. ¿Hay barrancos por aquí cerca?

—No... Que yo sepa, no hay un despeñadero a me nos de veinte millas al sur... ¿Y cómo regresarías, después de abandonar el coche allí?

—No volvería.

Ella ahogó un quejido.

—No puedes abandonarme ahora, Johnny. ¿Qué sería de mí?

El la miró largamente.

—El *sheriff* te protegería, supongo.

—¿Cómo? No dispone de ayudantes, sólo voluntarios que colaboran con él en casos de necesidad. Y yo no quiero su ayuda, sino la tuya...

—Llegará un momento que mi ayuda no te servirá de nada, y si permanezco aquí me cazarán. No siempre tendré la suerte de esta noche.

—Y si sigues huyendo, ¿qué conseguirás? Tarde o temprano habrás de detenerte, echar raíces en alguna parte. Entonces, ¿por qué no aquí?

—Porque aquí, tú compartes el riesgo. Ya viste esta noche lo que puedes esperar de esos carniceros. En cambio, si me sorprenden sólo la cosa no será tan mala.

—Johnny, estoy dispuesta a asumir ese riesgo.

Por un instante él sintió tentaciones de abrazarla y besarla, y decirle todo lo que esa abnegación le inspiraba. Pero al segundo siguiente hubiera querido golpearla y meter así en su cabeza el sentido común que le faltaba.

Suspiró. Quizá la tensión de los últimos tiempos empezaba a corroer su entereza.

—Me quedaré unos días, hasta ver en qué para ese asunto de tu negocio. Durante unos días no llegarán más pistoleros buscándome. Llevaré a esos dos lejos de aquí y los abandonaré con su coche. Luego regresaré a pie. Sólo indícame cuál de estas cuatro carreteras que se bifurcan ahí delante es la más desierta.

—La que se dirige al este. ¿No me mientes, Johnny, volverás?
El asintió.

—Seguro, nena. Tú también empiezas a meterte en mi sangre... Y ahora manos a la obra. ¿Tienes unos guantes viejos de tu padre, o de alguien?

—Los hay en el cobertizo.

—Yo los buscaré, así no habrá peligro de que quede alguna huella mía en el coche. Cuando me haya llevado a esos perros limpia bien esto. La sangre en las grietas de la madera puede ser descubierta por la policía, así que esmérate.

—Nunca sabrán lo que pasó aquí.

El la miró a los ojos. Después de todo, era confortante saber que no estaba solo, que aquella mujer era un refugio en el que

guarecerse de su soledad y de su desamparo.

Sin una palabra más se fue en busca de los guantes.

Diez minutos más tarde partía a bordo del «Cadillac», con los dos cadáveres tirados en el compartimento posterior.

Tina permaneció en la explanada, viéndole alejarse con el corazón golpeándole en la garganta. A pesar de todo no podía librarse del temor a perderlo.

No entró en la casa hasta que las rojas luces de cola se perdieron en la distancia, fundiéndose en la negrura de la noche.

CAPÍTULO VI

Durante todo el fin de semana hubo tanto trabajo, que Johnny apenas pudo pensar en otra cosa. Tina había tenido razón, y en esos dos días el negocio producía beneficios suficientes para resistir hasta el sábado siguiente.

Luego, a última hora del domingo el movimiento cesó casi por completo. Johnny estaba cansado, sentía las ropas pegadas a la piel y tenía las manos y la cara manchadas de grasa, provocándole una sensación desagradable.

Tina apareció en la puerta del bar cuando sus últimos clientes partieron.

—Debes estar agotado, Johnny —comentó.

—Podría ser peor.

Se oyó el motor de un coche y él hizo una mueca.

—Pues la fiesta aún no ha terminado...

—Es el *sheriff*.

Él se volvió, al tiempo de ver maniobrar el auto del representante de la ley. El *sheriff* Caine tenía una expresión sombría en la cara cuando se acercó a ellos.

—¡Hola! —Gruñó—. ¿Qué tal el negocio, Tina?

—Como todos los fines de semana.

—¿Cómo está, Cannon? Parece usted un mecánico de verdad, o un piel roja en pie de guerra.

Johnny se limitó a sonreír por toda respuesta, así que el *sheriff* carraspeó y dijo:

—Ya sé a quién pertenecían los dos coches... El que voló en pedazos y el otro cuya matrícula me dio usted, Cannon.

—No me diga que eran coches robados...

—El segundo no. Pertenecía al hombre que voló con él. Pero el

primero había sido robado en Kansas City. Era propiedad del señor Watford.

—¿Alguien popular, acaso? Usted pronuncia su nombre como si fuera el propio gobernador o algo así.

—Podría serlo si se lo propusiera. Es un hombre de negocios muy importante y conocido en todo el estado.

—Y de los pistoleros, ¿qué ha averiguado, Caine? —preguntó Tina.

—Nada hasta el momento. ¿Qué tal si me invitas a café? Aún tengo más noticias y merezco alguna atención de una chica guapa como tú.

—Entre... Tú también, Johnny. Te ganaste un café y lo que te apetezca.

Los dos hombres se acomodaron en el mostrador mientras Tina pasaba al otro lado y preparaba los cafés.

El *sheriff* esperó a saborear el suyo antes de proseguir:

—No sé si tendrá relación con esos atentados sufridos por ti, muchacha, pero encontraron a dos tipos despachados en la carretera de Rochester. Estaban metidos en un «Cadillac» californiano, negro y último modelo.

Ella tragó saliva. Johnny indagó, afectando indiferencia:

—¿Muertos, quiere usted decir?

—Tan muertos como mi tatarabuelo. Les habían pegado unos cuantos tiros y uno apenas conservaba restos de su cabeza. Vamos a ver, ¿no recuerda haber atendido un «Cadillac» como el que he descrito, Can non?

Éste sacudió la cabeza.

—No... Lo recordaría si hubiese pasado por aquí.

—Bueno, ya suponía que no. Apenas quedaba gasolina en su depósito. Estos últimos días estoy teniendo mucho más trabajo del que me gusta.

Nadie le replicó. El sorbió el resto de café y encendió un cigarro. Cuando el extremo del puro ardió a su entera satisfacción, dijo:

—Es curioso, Cannon... Todo este trabajo que me ha tocado en suerte empezó desde su llegada.

—Pura casualidad, *sheriff*. Le aseguro que yo no envié a esos bastardos a comprar el negocio de Tina, ni a volarlo con dinamita.

—A propósito... No era dinamita, ¿sabe? Acabo de recibir el

informe por teléfono desde Kansas City. Utilizaron una porquería que llaman Goma-2.

Entre eso, y el estallido de la gasolina de los depósitos, todo este lugar habría volado a las nubes... de no mediar su intervención, muchacho.

Tampoco esta vez Johnny tuvo nada que decir. Encendió un cigarrillo después de acabar con el café, y sólo entonces dijo:

—Creo que iré a darme una ducha. Llevo más aceite encima que el que hay en los bidones.

Saltó del taburete. Antes de salir, se encaró con el *sheriff* y como si la cosa se le ocurriera en ese momento, insinuó:

—Si yo estuviera en su lugar, averiguaría la hora exacta en que fue denunciado el robo de ese coche, *sheriff*.

Dicho esto se fue sin demasiadas prisas, dejando a Caine boquiabierto. Luego gruñó:

—El maldito tipejo, diciéndome lo que he de hacer...

—El solo pretende ayudarle, Caine —murmuró Tina.

—Sí, claro... Lo malo es que tiene razón. No se me ocurrió preguntar ese detalle, aunque, pensándolo bien, no veo que tenga ninguna importancia. Fue el propio señor Watford quien presentó la denuncia en Kansas City.

—Pero ¿lo averiguará usted?

—No me costará nada hacerlo. De todos modos, ese empleado tuyo me cae gordo.

Tina se echó a reír.

—¿Por qué? Es un buen chico.

—Demasiado listo. Los tipos listos siempre me caen mal, sobre todo si son forasteros. Llámame si ocurre algo, linda. Ya sabes que haré cualquier cosa que esté en mi mano, por ti. Se lo prometí a tu padre y pienso cumplir mi promesa.

Ella le sonrió.

—Sé que puedo confiar en usted, Caine.

—De acuerdo, cuídate, preciosa.

Tina suspiró al quedar sola. Se preparó otro café y lo saboreó sin prisas, reflexionando profundamente.

Lo malo era que todas sus reflexiones terminaban con una misma imagen; con un mismo nombre: Johnny.

Cenaron tarde esa noche, después que él hubo cerrado las puertas y apagado las luces exteriores y del establecimiento.

De pronto, Tina le espetó:

—¿Por qué dijiste aquello de averiguar la hora, Johnny?

—Es una regla elemental de la policía.

—¿Y tú cómo lo sabes?

El dio un respingo.

—Bueno, lo leí en alguna parte. ¿Te importaría servirme otra taza de café?

Ella lo hizo, dándose cuenta de que él desviaba el tema. Sin embargo no insistió.

El saboreaba el café en silencio, cuando ella se decidió.

—Estuve pensando en ti y en mí, Johnny —dijo.

—Eso suena a encerrona. ¿Tal vez pensaste, también, en la vicaría o el juez de paz?

—No seas idiota, no voy a empujarte para que te cases conmigo. Estoy hablándote de negocios.

—¿Qué negocios?

—Éste.

—No te comprendo.

—Ya viste cómo funciona y lo fácil que es manejarlo. Y podría ser mejor cuidándolo un poco, remozándolo para que la gente se sintiera a gusto en el bar. Ya sabes a lo que me refiero. Además, la propiedad no son sólo los edificios, Johnny. Hay casi siete hectáreas de tierras alrededor.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Ella aspiró hondo, mirándole al fondo de los ojos.

—Te propongo que te asocies conmigo, Johnny.

El casi pegó un salto.

—¡Estás loca!

—Quizá, pero la oferta sigue en pie.

—Yo sería un desaprensivo si aceptara, Tina. No puedo aportar nada a tu negocio, sólo riesgos si me quedara mucho tiempo.

—Tal vez no..., tal vez desistan de buscarte, o no te encuentren. ¿Quién sabe?

—Nena, esta gente no abandonan así como así. Ya te dije que

eran profesionales de la matanza... Los mejores que existen.

—Por favor, Johnny, quiero que lo pienses. Aunque no sea ninguna fortuna, tendríamos para vivir y... y yo te tendría a ti.

—Debes haber perdido la chaveta.

—No te pido una respuesta ahora mismo, sólo que lo pienses. ¿Lo harás?

—Mi respuesta seguirá siendo la misma.

Ella no insistió. Retiró las tazas y los platos y al final se detuvo junto a él.

—Voy a acostarme, Johnny —musitó.

—Que descanses. Me quedará un rato aquí aún.

—¿Piensas dormir en la cabaña?

—No sé si me acostaré, Tina.

—¿Qué?

—Alguien tiene que vigilar.

—Comprendo. Pero no creo que vuelvan a intentar colocar más bombas, ¿no te parece? Sería demasiado descarado y se comprometería quien quiera que viniera después intentando comprarme los restos del negocio.

—De todos modos me quedará un rato.

Ella se inclinó sobre él y le besó. Johnny tomó su cara entre las manos y la miró a los ojos. Luego, bruscamente, la atrajo y buceó en su boca con un beso desesperado, profundo como sus propios sentimientos.

—Déjame sólo ahora —murmuró cuando la obligó a apartarse—. Y apaga esta luz cuando salgas.

Tina retrocedió, apagó la luz y desapareció.

Johnny fumó un cigarrillo tras otro, inmerso en la oscuridad y en sus temores. Tenía los sentidos alertados y los nervios tensos.

Y los pensamientos alborotados, porque sentía en la boca el sabor de Tina, el aroma de sus labios, de su piel y de su aliento.

Trató de alejarla de sí forzándose a pensar en otros temas más acuciantes, pero sólo lo consiguió a medias. La imagen de la muchacha se agrandaba a cada instante, llenándolo todo con su calor y su ternura.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo así, inmóvil como una figura de madera hasta que se levantó de un salto y se internó por el pasillo.

Aplicó el oído a la puerta de la habitación de Tina. No oyó nada. Abrió poco a poco, como un ladrón furtivo, empujado por unas ansias incontenibles.

La voz de la mujer le sorprendió cuando apenas si había dado un paso.

—Sabía que vendrías —susurró—. Lo deseaba tanto que estaba segura que oirías mis pensamientos.

—Los oí tan claramente que aquí estoy.

Cerró la puerta y avanzó a lietas hasta la cama.

Encontró las manos de Tina tendidas hacia él. Las tomó entre las suyas dejándose arrastrar a ese abismo sin fondo que era el placer y el deseo. Se tendió junto a la muchacha y sus cuerpos se buscaron en la oscuridad, anhelantes, tensos, casi con violencia. Después, Cannon encontró la boca bajo sus labios y al besarla fue como si toda ella se enroscara en torno a su cuerpo, como si los dos flotaran en el espacio y el tiempo...

CAPÍTULO VII

El martes siguiente Johnny estaba tendido de espaldas debajo del «Mercury», en el cobertizo, cuando vio aparecer unos pies en su radio de visión.

Asomó la cabeza por un lado de la carrocería y devolvió el saludo del *sheriff*.

—Es usted una fuente de sorpresas, Cannon —comentó el representante de la ley—. Ahora resulta que también es mecánico.

—Sólo aficionado. Alguien hizo una chapuza con este coche y no se necesita ser un profesional para darse cuenta. ¿Qué noticias trae usted, *sheriff*?

—Sólo una, y, en cierto modo, sorprendente. Hice que la policía de Kansas City averiguase a qué hora había sido denunciado el robo del coche por el señor Watford.

—¿Y...?

—Tienen anotada la hora, naturalmente.

Johnny salió de debajo del coche restregándose las manos sucias de grasa con un puñado de trapos.

—Suéltelo —gruñó—. Está dando muchas vueltas, Caine.

—La denuncia fue cursada una hora después de que los pistoleros con que usted peleó, llegaran aquí. —Eso es como para darle a uno algo en qué pensar. Caine le miró con el ceño fruncido.

—Sé lo que está pensando, muchacho —refunfuñó—. Yo lo pensé también, sólo que es una solemne estupidez. El señor Watford es un ciudadano influyente y respetado. Todo el mundo sabe que posee amistades hasta en Washington.

—Eso no es ninguna garantía de honorabilidad, *sheriff*. Si me apura le diré que es todo lo contrario.

—Tal vez no advirtió el robo del coche hasta muy tarde ese día.

Puede haber docenas de explicaciones para su retraso en presentar la denuncia.

—Por muy influyente que sea, la policía debería pedírselas, *sheriff*. De todos modos, éste es asunto suyo. Yo me limité a sugerirle una posibilidad.

—Sí, ya sé... Otra cosa, Cannon.

—¿Sí?

—Se trata de esa chica...

—¿Tina?

—Cuidado con lo que hace usted. Aprecio a esa mujer como si fuera mi propia hija, ¿entiende lo que quiero decir?

—Me parece que sí.

—Eso está bien. Quiero que sepa que, a pesar de todo, ella no está sola.

—Lo recordaré. ¿Ha terminado usted las advertencias, o le queda algo en el buche todavía?

—Me queda decirle que no me gusta usted, Cannon, ni más ni menos.

—Bueno, eso no importa mucho, a mi modo de ver. No pienso casarme con usted, ¿sabe?

—Tampoco su sentido del humor es de mi agrado.

Johnny le enseñó los dientes en una mueca burlona y volvió a meterse debajo del «Mercury».

Desde allí aún dijo:

—Si yo estuviera en su lugar, Caine, me gustaría saber en qué negocios acostumbra invertir su dinero ese influyente caballero de Kansas City.

—Si usted ocupase un cargo elegible, se mantendría a mil millas de distancia de hombres como el señor Watford. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Naturalmente. ¡Adiós, *sheriff*!

Caine gruñó algo desagradable, entre dientes, mientras miraba en torno. Vio una pequeña llave fija sobre el coche y se apoderó de ella, sujetándola con dos dedos por un extremo. Luego la hizo desaparecer en un bolsillo y se largó, a escape, del cobertizo.

El resto del día Johnny trabajó en el coche. Luego, casi al anochecer, apareció la camioneta del viejo Gibbons y Tina salió del bar alborozada.

Johnny fue también al encuentro del viejo limpiándose las manos con unos trapos sucios de grasa.

—¿Trajo todos los encargos? —Oyó que preguntaba Tina.

—Seguro, preciosidad. ¿Cómo se porta tu esclavo?

—Gib, tiene usted una mente retorcida como un sacacorchos. Johnny no es mi esclavo.

—Entonces, ¿qué es? Lleva aquí una semana por lo menos, debe haber intentado seducirte digo yo.

—Abuelo, tiene usted una mente sucia, además de retorcida —le espetó Johnny, riendo.

—Tienes buen aspecto, muchacho. Con toda esa grasa encima hasta parece que estés trabajando de verdad.

—¿Trajo la batería nueva?

—Traje todo lo que me encargaron. Puedes empezar a descargar, mientras yo me tomo un café.

Palmeo las nalgas de Tina riéndose con su boca sin dientes, y siguió riéndose cuando ella lo insultó gráfica mente.

Johnny fue a la camioneta y sacó de ella los botes de pintura, el pequeño bidón de disolvente y los pinceles. Luego llevó las cajas con botellas y provisiones a la parte posterior, donde estaba el reducido almacén, y finalmente se ocupó de la flamante batería.

La transportó al cobertizo y en unos minutos la hubo instalado en el «Mercury». Tras algunos intentos fallidos, el motor carraspeó, tosió y soltó un par de explosiones. Luego, de pronto, empezó a zumbar con regularidad.

Satisfecho, calentó el motor para asegurarse de su buen funcionamiento y, dejándolo en marcha, fue en busca de Tina.

Desde la puerta dijo:

—¿Lo oyes?

Ella levantó la mirada.

—¿Quieres decir que funciona?

—Óyelo tú misma.

La muchacha salió corriendo. El viejo Gib caminó cachazudamente hasta la puerta con la taza de café en una mano y la pipa en la otra, y contempló cómo ella corría hacia el coche.

—Una bonita gacela, ¿no te parece, muchacho? —cacaréó.

—Es preciosa.

—¿Te has acostado con ella?

—Viejo, si tuviera usted dientes se los saltaría de un puñetazo.

—Ésa es mi ventaja. Nadie le pega a un anciano desdentado... Si no la has convencido de que tú eres el hombre de su vida, es que yo me equivoqué al juzgarte. Te pierdes lo mejor de este podrido mundo; te lo digo yo, que de eso entiendo un rato.

Tina se había metido en el coche y aceleraba el motor, sólo por el placer de oírlo rugir con toda su potencia.

Finalmente, lo paró y corrió de vuelta a la entrada del bar.

—¡Johnny, eres un encanto! —chilló, echándole los brazos al cuello.

El viejo se quedó boquiabierto al ver la clase de beso con que premiaba aquel «encanto». La pipa le cayó de sus descarnadas encías y apenas si se dio cuenta.

Luego, cuando ella se apartó, jadeando, recogió su pipa y gruñó:

—No me equivoqué. Cuando yo digo que de eso entiendo un rato largo...

Se metió en la camioneta y salió zumbando.

Johnny fue a su cabaña para asearse y, inedia hora más tarde, estaba en el bar. Tina servía a unos camioneros y reía sus bromas con aquella risa cristalina que alegraba las pajaritas de los clientes.

Poco después, los camioneros se marcharon y ellos dos quedaron solos. Tina murmuró:

—¿Pensaste en mi proposición, Johnny?

—Seguro Quítatelo de la cabeza, nena. No puedo aceptar una cosa así.

—Pero ¿por qué no? Tú aportarías el trabajo. Y habría mucho, estoy segura.

—Ni siquiera deseo hablar de eso.

Ella arrugó el ceño y estuvo enfurruñada el resto de la noche. Cuando él fue a su habitación después de haber cerrado y asegurado puertas y ventanas, se encontró cerrada con llave la puerta del dormitorio.

Sonrió en la oscuridad del pasillo y, sin ruido, se fue a la cabaña, donde se acostó sorprendiéndose de que cada vez pensara menos en abandonar ese lugar.

El miércoles transcurrió sin incidentes, con poco trabajo. Tina continuaba con su mala cara y él no hizo nada por alegrarla.

Luego, con el crepúsculo, llegó el hombre con la cicatriz en la

cara.

CAPÍTULO VIII

Tina le vio acercarse al mostrador con una extraña sensación de repugnancia. El hombre era de mediana estatura, vestía con pulcritud y, excepto aquella cicatriz que parecía partirle en dos la mejilla izquierda, no había nada inquietante en él.

Como no fuera la turbia mirada de sus ojos.

—*Whisky* —pidió, encaramándose a un taburete. Con hielo.

Ella le sirvió procurando no mirarle la cara. Él dijo:

—¿Quien atiende los surtidores de gasolina, nena?

—Mi empleado... debe estar allí fuera.

—No vi a nadie.

—Bueno, yo misma pondré la gasolina que quiera, tan pronto termine su bebida.

—No tengo prisa.

Se quedó allí, bebiendo a pequeños sorbos, turnando y dirigiendo alguna que otra mirada a la muchacha.

Terminó con el *whisky* y pidió otro, fumando sin cesar.

Tina comenzó a ponerse nerviosa. Cada vez que no taba sobre sí la turbia mirada de aquel hombre se estremecía, como si la mirada fuera un contacto viscoso y repelente.

Al fin se abrió la puerta y apareció Johnny Llevaba un mono limpio y una gorra blanca con el anagrama de una marca de gasolina.

El hombre de la cicatriz ladeó la cabeza para mirar quién entraba. Johnny iba a decir algo y, de pronto, cerró la boca de golpe.

—¿Es su empleado? —preguntó el desconocido.

Tina asintió. Luego dijo:

—Necesita poner gasolina a su coche, Johnny.

—¿Cuánta?

—Llénelo. Las llaves están puestas en el contacto.

Johnny dio media vuelta y se fue.

—Póngame otro —ordenó el hombre—. No parece que haya mucho movimiento, ¿eh?

—Muy poco.

—Debe ser un mal negocio todo esto.

—Da para vivir.

Sirvió el *whisky* y contempló cómo él le añadía hielo.

Bebió un sorbo y de pronto dijo:

—¿Tiene sitio donde dormir? He visto unas cabañas allá fuera. Quisiera pasar la noche aquí.

Ella estuvo tentada de negarse. El hombre la inquietaba cada vez más. Pero no se atrevió.

—El alquiler por una noche cuesta cinco dólares —dijo con voz titubeante.

—Está bien.

Sacó un fajo de billetes y contó siete dólares que dejó sobre el mostrador. Hizo un gesto, indicando que se quedara con el cambio y después dijo:

—Indíqueme cuál es la cabaña que me destina, quiero descansar... Cuando su empleado termine, dígame que, antes de irse, aparque mi coche donde no estorbe.

—Se lo diré, pero él pasa la noche aquí también. Ocupa la primera cabaña. Usted puede quedarse en la segunda... Está limpia y preparada.

El hombre de la cicatriz arrugó el ceño unos instantes. Después, siguió a Tina al exterior y ambos se encaminaron a las cabañas.

Desde el surtidor, Johnny les siguió con la mirada. Dio otro vistazo al coche y, pensativo, caminó hacia el bar, sentándose en el porche de entrada hasta que Tina regresó.

—¿Le diste una cabaña?

Ella asintió.

—La segunda. Pagó cinco dólares por ella.

—¿Habías visto a ese tipo antes?

—No, nunca.

—¿Estás segura?

—Le recordaría, Johnny. No es fácil olvidar una cara como ésta,

con la cicatriz y los ojos de pescado... Sentía escalofríos cada vez que me miraba. ¿Por qué lo preguntas, temes que... que sea uno de los que te persiguen?

—No creo que venga tras de mí.

—Hablas como si le conocieras.

—Sé quién es.

—¿Otro misterio, Johnny?

—No hay ningún misterio, pero esta noche quiero que cierres tu puerta con llave... y no para esquivarme a mí. Oigas lo que oigas no asomes ni la nariz.

—Johnny, anoche cerré porque me enfurecí contigo. Eres tan terco que...

—Olvidalo.

—¿Qué crees que puede pasar esta noche?

—Probablemente, nada. Sin embargo, haz lo que te digo. Enciérrate en tu cuarto y no salgas hasta que yo te llame.

—Está bien, como tú quieras. Ese hombre dijo que dejases su coche donde no estorbase. —Lo pondré al lado del cobertizo. Ella le vio dirigirse justamente al cobertizo, y cuando salió estaba calzándose unos guantes. Tina notó que le temblaban las piernas.

Él puso el coche en movimiento llevándolo donde dijera.

Cuando lo tuvo aparcado allí se apeó y quitándose los guantes entró de nuevo en el cobertizo.

Tina no esperó a que saliera. Se fue a la cocina y empezó a preparar la cena.

Esa noche cerraron mucho antes de lo acostumbrado.

CAPÍTULO IX

Eran las tres de la madrugada cuando el hombre de la cara cortada salió de su cabaña, con pasos cautelosos. Se detuvo junto a la puerta de la primera, aquella que ocupaba Johnny, y trató de captar algún ruido.

Todo estaba en silencio, de modo que echó a andar, con pasos quedos, hacia el edificio principal. Se paró de nuevo en el porche y tendió el oído.

No pudo oír nada más que su respiración, pausada y suave.

Rodeó el bar buscando la entrada posterior. Allí atrás reinaba la oscuridad, pero, incluso a oscuras, descubrió la puerta de la cocina.

Agarró el tirador y probó a abrirla. La puerta giró hacia adentro mostrando el negro interior.

El hombre de la cicatriz se quedó inmóvil, quizá desconfiando de aquella facilidad que se le brindaba. Al fin hundió la mano en el bolsillo y sacó una navaja de resorte. Hizo saltar la hoja y se dispuso a entrar.

Apenas pisó la cocina la luz se encendió como un relámpago, cegándole, y una voz seca gruñó:

—¡Suelta el acero o te mato!

No lo soltó inmediatamente. Quería ver a su adversario, comprobar si realmente estaba armado o era sólo una bravata...

Sus ojos volvieron a recobrar la visión. Entonces vio a Johnny de pie al otro lado de la gran mesa central apuntándole con una pistola automática.

—No imaginé que estuviera de guardia toda la noche — refunfuñó, abriendo los dedos y dejando resbalar el cuchillo.

—Andando tipos como tú por los alrededores, todas las precauciones son pocas, Hofta.

El aludido dio un respingo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Sé que te llamas Jason Hofta. Vi tu fotografía hace tiempo y con ese chirlo en la cara eres fácil de recordar.

—Debe haber algo más que eso...

—Para ti, es suficiente. ¿Quién te envió, Hofta?

—¿De qué hablas?

—Estás jugándote el otro lado de la cara. ¿Vas a decirme que andabas en sueños; que cías sonámbulo o algo así?

—Yo no dije nada.

—¿O quizá entraste a robar los centavos de la registradora?

—Entré a llevarme lo que pudiera, aunque imaginé que serían algo más que centavos.

Johnny hizo una mueca desagradable.

—Hofta, los tipos como tú no cambian de especialidad. Alguien te envió aquí con instrucciones concretas... como por ejemplo, matar a la chica. ¿Es así?

—¿Por qué diablos habría de querer malar a la muchacha, hombre?

Johnny suspiró.

—Te la has ganado. Tiéndete en el suelo con las manos sobre la nuca. Y quiero que pegues tu fea cara a las baldosas y no la levantes hasta que te lo diga.

Tras una vacilación, Hofta obedeció, aunque sin disimular su cólera.

Johnny se acercó a él cuando estuvo de bruces en el suelo. Le hurgó los cabellos ralos con el cañón de la pistola.

—Quieto, ahora, o tus sesos saltarán por los aires.

Le registró, vaciándole todos los bolsillos. Encontró una pequeña pistola del 22 en una funda muy ingeniosa, chascó la lengua, admirado.

—Pues sí has cambiado un poco, Hofta. Antes no hubieras cargado con una pistola. ¿O te haces viejo?

—¡Maldito seas, hijo de perra! ¿Cómo sabes tanto de mí?

—Porque en otro tiempo fui un lector apasionado de cierta clase de literatura condensada. Veamos todo eso...

Extendió el botín encima de la mesa. No se sorprendió al no encontrar ningún documento de identidad. Los tipos como Hofta

jamás los llevan cuando trabajan. Había un paquete casi vacío de cigarrillos y cerillas. Unas llaves y un puñado de billetes muy respetable, junto con algunas monedas sueltas.

Aparte de todo ello también había un sobre alargado, de papel fuerte.

—No te muevas de como estás, Hofta. Te aseguro que nunca en tu vida has estado tan cerca de reventar como ahora.

Abrió el sobre y sacó el documento que contenía. Lo leyó y se quedó estupefacto.

—Así que era eso —rezongó con los dientes apretados.

—Puedo explicárselo todo si me da oportunidad.

—Voy a darle oportunidad de irte al infierno, pedazo de zorrino. ¿Cómo esperabas obligarla a firmar ese contrato de venta, con buenas palabras? Y después que ella hubiese firmado, ¿qué pensabas hacer para que no corriera a llamar al *sheriff*?

—Está sacando las cosas de quicio, amigo. Se trataba sólo de una operación comercial.

—Claro. Un simple negocio, pero para el enterrador. ¿Quién es Terence Lund?

—¡Y yo qué sé!

—Aquí está bien claro. Tina Loren le vende el negocio del bar, las cabañas y la estación de servicio, con todas las tierras de su propiedad, a un tal Terence Lund. Debes saber para quien estás trabajando digo yo.

Hofta no respondió.

Johnny siguió acribillándole con preguntas y más preguntas, pero Hofta mantuvo la boca cerrada todo el tiempo.

—Bueno, veremos si tu cara mejora con un chirlo en el otro lado. Naturalmente, yo no soy especialista del cuchillo como tú y a lo mejor te sallo un ojo además de rajarte la mejilla. Si es así será puro accidente, Hofta.

Éste le vio empuñar su propio cuchillo con la mano izquierda, mientras con la derecha continuaba apuntándole con la pistola.

De reojo vio acercarse la afilada hoja de acero y probó a arrastrarse apartándose de ella. Un seco puntapié en las costillas le paró.

—Yo te diré cuándo debes moverte, ¿entiendes? Ni siquiera cuando te corte la cara quiero que muevas ni un dedo, porque, de lo

contrario, lo que te cortaré será el cuello. Métete eso en tu cabezota porque no es una bravata.

Hofta tragó saliva. La fría punta del cuchillo tanteó bajo su barbilla, como buscando el lugar donde iniciar el terrible surco hacia arriba, partiéndole en dos la mejilla derecha.

Entonces jadeó:

—¡Se lo diré, pero aparte el cuchillo!

—¿No te gusta tu propia medicina?

—¿Quiere oírme o no?

—Seguro. Ya puedes empezar.

—Es cierto que no sé quién es el tipo que nombró antes. A mí me contrató Selwick, el de las apuestas, y me envió a Kansas City. Allí encontré ese sobre esperándome, junto con otro en el que había las instrucciones y el dinero.

—Ese Selwick, ¿es tu contacto?

—Sí.

—¿Dónde? Porque si no recuerdo mal, tus territorios de caza estaban en California.

—Selwick se mueve en San Francisco.

—¿Y desde allí te envió a Kansas City?

—Tal como le dije, así fue. Cuando llegué al hotel que él me indicó encontré los sobres esperándome.

—¿Cuánto dinero?

—Diez mil.

—¿Dónde están? Porque no llevas más allá de ochocientos o mil dólares en los bolsillos.

—¿Cree que soy idiota? Los ingresé en un Banco, para que hicieran una transferencia a mi cuenta en Frisco.

—Eso se llama una sana administración. Volvamos a ese Lund...

—¡Pero si no sé quién es!

—Entonces hablemos de las instrucciones.

—Eran muy claras. Debía obligar a esa fulana a firmar el contrato.

—¿Y luego?

—Nada.

—Hofta... te la ganas.

—Las instrucciones decían que era preciso cerrarle la boca.

—Eso está mejor. Supongo que quemarías esa carta...

—Naturalmente.

—Hofta, eres una sucia rata y me gustaría saber por qué razón no te corto en pedazos. Levántate.

Lo hizo con evidente desgana. Antes que terminara de enderezarse, un tremendo culatazo le envió a dormir sin una queja.

Johnny se quedó mirándole unos instantes. Así vio aparecer el reguero de sangre entre los cabellos.

Tras una vacilación se dirigió a la habitación de Tina y llamó a la puerta.

—Ya puedes abrir, nena. La fiesta terminó.

Pareció como si ella hubiera estado esperando al otro lado. Abrió la puerta y apareció cubierta con un corto camisón transparente que apenas le llegaba a los muslos.

—¿Qué pasó, Johnny?

—¿Nunca te vistes cuando estás delante de un hombre, o qué?

—¡Oh, no seas payaso! ¿Qué sucedió?

—Tuvimos un cambio de impresiones con tu amigo de la cara cortada. Ponte algo encima o si te ve así le dará un ataque. Tienes que llamar al *sheriff*.

—¿A estas horas?

—A menos que quieras custodiar tú a ese tipejo... Ella volvió a entrar en la habitación y se puso una bata.

Hofta continuaba inconsciente cuando entraron en la cocina. Tina contuvo un grito al ver la sangre.

—¡Johnny! ¿Está muerto?

—Me parece que no. Llama a tu protector y dile que tienes un regalo para él. Luego seguiremos hablando, porque aquí tengo un documento que te interesará.

Ella asintió y se fue en busca del teléfono. Hofta emitió un quejido. Johnny le descargó un puntapié en la cara y volvió a quedar mudo, pero con el rostro un poco mas estropeado de lo que estuviera antes.

Cuando el *sheriff* llegó, seguía inconsciente y su cara estaba mucho peor, y a Johnny casi le dolía el pie.

CAPÍTULO X

A las nueve de la mañana él *sheriff* Caine se rindió Sudaba y echaba chispas, pero eso era todo lo que había sacado de su incesante interrogatorio de Hofta.

—Lo niega todo —gruñó—. Y no habla. Me pregunto cómo pudo conseguir usted que le contara esa historia, Cannon.

—Bueno, tuve que estropearle un poco. —Yo no puedo hacer eso—. Entonces, ¿qué?

—Lo meteré en una celda, naturalmente. Ese contrato fraudulento le acusa, y el hecho de que penetrara aquí armado con un cuchillo y una pistola a esas horas de la madrugada..., pero va a ser difícil conseguir que un jurado le condene.

—Claro, siempre sucede igual. ¿Sabe ya quién es ese tal Terence Lund, a cuyo nombre está extendido el contrato?

—Aún no. Volveré a llamar a Kansas City dentro de un rato. Y voy a pedir a la policía de San Francisco el historial de ese individuo, eso ayudará a ponerle donde debe estar. A propósito, Cannon, fue una suerte que usted reconociera a Hofta cuando le vio...

—Esa cara no es fácil de olvidar.

—Así y todo... En fin, ya le dije una vez que era usted una fuente de sorpresas.

—También dijo que yo le caía fatal.

—Y sigue cayéndome gordo. ¿Dónde está Tina? Tiene que declarar, también, formalmente, antes de que me vaya.

Johnny fue al bar y se quedó allí atendiendo el negocio mientras la muchacha hablaba con el *sheriff*.

Quince minutos más tarde, Caine apareció empujando a Hofta ante él. El cuchillero llevaba las manos espesadas a la espalda y el

aspecto de su cara era lastimoso. Por si algo faltara, sus ralos cabellos semejaban un casco rígido a causa de la sangre seca.

Lo dejó sentado a una silla y él descolgó el teléfono.

Tina volvió al mostrador, de modo que Johnny pudo salir a atender dos coches que esperaban junto a los surtidores.

Luego regresó al interior, a tiempo de ver al *sheriff* colgar el teléfono.

—¿Consiguió algo? —le espetó.

—No, Cannon. Nadie sabe quién es Terence Lund, aunque van a investigarlo a fondo. ¿No se le ocurre otra de sus brillantes ideas esta vez?

Johnny sonrió sin humor.

—Estoy en baja forma esta mañana —dijo con sorna.

Caine le observó unos instantes. Pareció que iba a decir algo más, pero cambió de idea y empujando a Hofta hacia la puerta se largó, refunfuñando.

Tina salió al exterior y se quedó al lado de Johnny, viendo alejarse el auto de Caine.

—¿Hasta cuándo va a durar eso? —murmuró—. ¿Y por qué quieren apoderarse de mis propiedades?

—Cualquiera sabe. A lo mejor hay petróleo bajo tus pies.

—No bromees, Johnny. Ésta no es tierra de petróleo.

—Entonces, un tesoro escondido. Pero tampoco han habido nunca piratas en Kansas. Por lo menos, piratas clásicos, porque modernos los hay igual que en todas partes. Voy a ir a Kansas City.

Ella tardó unos segundos en seguir el hilo de su verborrea.

—¿A Kansas City? —balbuceó—. ¿Por qué?

—Porque quien sea que maneja a todos esos lobos carniceros, está allí. Al mismo tiempo probaré el «Mercury» en carretera.

—No lo entiendo. La policía ya está buscando a ese Lund que preparó el contrato. ¿Qué puedes hacer tú?

—Aún no lo sé, pero hay algo que me preocupa en ese contrato, linda. Un tipo capaz de tramar esos atentados, dispuesto a llegar al asesinato, no estampa su nombre en un papel que lo relaciona directamente con su víctima. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No... Por lo menos, no muy bien.

—Quizá cuando vuelva pueda explicártelo con más claridad.

—Si vuelves...

El la miró al rondo de sus hermosos ojos.

—Tina, cuando decida marcharme definitivamente te o diré cara a cara.

—Perdóname, Johnny, pero la sola idea de perderte ahora...

—Regresaré. Entretanto, mantén los ojos abiertos por si llegan forasteros. Y si te hacen preguntas no te arriesgues tontamente. Les dices la verdad y no te harán ningún daño. Yo trabajé para ti unos días y cuando reuní algún dinero me largué a Kansas City. ¿Comprendes?

Ella asintió, incapaz de hablar. Johnny sonrió y besándola en la boca la dejó sola.

Poco más tarde, vestido con las mismas ropas que cuando le viera por primera vez, puso en marcha el «Mercury» y partió.

Entonces Tina se sintió más sola y desamparada que nunca...

* * *

Dos días después, el *sheriff* Caine apareció en el parador con la cara fosca y tensa. Entró directamente a donde estaba Tina y miró en torno.

—¿Dónde está Cannon, pequeña?

—Se fue.

Caine dio un respingo.

—¿Adónde, y cuándo se marchó?

—Hace un par de días... ¿Ocurre algo, Caine?

—Ya puedes apostar que sí. Te advertí que no te harás de ese tipo listo. Incluso me ofrecí a investigarlo para tu seguridad. ¡Maldita sea! Debí hacerlo el primer día.

Ella sintió que el corazón se le encaramaba a la garganta.

—¿Qué quiere decir con todo eso; que Johnny es un delincuente?

Caine la miró fijamente. La dureza de sus facciones se suavizó en parte y trató de sonreír.

—Afortunadamente —dijo—, aquí se portó bien contigo. No le convenía llamar la atención.

—¿Quiere hablar claro de una vez? Otra evasiva y me pondré a gritar.

—Está bien, pequeña, no te alborotes. Tu empleado se llama

Frank Talbot y es un asesino.

Tina dio un grito y las piernas empezaron a temblarle tan violentamente que hubo de sentarse.

Caine añadió:

—Los malos tragos... En fin, asesinó a una mujer después de golpearla bárbaramente, en Los Ángeles.

Con un hilo de voz, Tina sollozó:

—No lo creo..., está equivocado, Caine... ¡Tiene que estar equivocado!

—Te ha pegado fuerte el maldito... Bueno, no hay ninguna equivocación. Me llevé una herramienta de las que él empleaba para reparar tu coche. Así obtuve sus huellas dactilares y la jefatura de Kansas City hizo el resto. Ese tipo es un asesino de mujeres de la peor especie... porque cuando mató a esa de Los Ángeles era, nada menos, que teniente de policía.

Tina apenas le escuchaba. Las lágrimas corrían por sus mejillas como un torrente de amargura.

—¡Maldita sea, deja de llorar! —graznó el *sheriff* apurado—. El no vale tu llanto, Tina, créeme.

—Caine..., yo le quiero. ¿No comprende? Le debo la vida, todo esto..., le debo las horas más felices que he vivido nunca y sé que no puede ser un asesino. ¡Lo sé!

—Lógica femenina —refunfuñó el *sheriff*—. Sólo porque estás enamorada de él ya no puede ser un criminal. Buen razonamiento, a fe mía...

—Le digo la verdad, Caine.

—Bueno, entonces dime, de paso, por qué huyó de Los Ángeles después de la muerte de esa mujer. Por qué golpeó a dos compañeros suyos que iban a detenerle y escapó. ¿Te padece que ésa es la conducta de un inocente, sobre todo siendo policía?

—Porque le persiguen, Caine.

—Claro, todos los asesinos son perseguidos.

Ella sacudió la cabeza, impaciente.

—¡No le persigue la policía! El no huye de eso, sino de los asesinos..., asesinos profesionales que intentan matarle.

Caine chascó la lengua, estupefacto.

—Te ha llenado la cabeza de historias. No hay tales asesinos, porque el asesino es él.

Tina se cubrió la cara con las manos y siguió llorando con amargo desconsuelo.

Caine la dejó sola y salió fuera, donde encendió uno de sus cigarros. Estuvo fumando un rato, más sombrío que nunca, porque apreciaba de veras a Tina y el dolor que le causaba contra su voluntad le enfurecía.

Cuando oyó los pasos de la muchacha detrás de él no se volvió, limitándose a esperarla.

Entonces dijo:

—¿Te sientes mejor?

—No.

—Vamos, vamos, ya no eres una niña. Trata de razonar con calma y sentido común. Yo no te mentiría en una cosa tan grave como ésa.

—Escuche, Caine. Si Johnny...

—¡No se llama Johnny, maldita sea!

—Bueno, como quiera que se llame. Si él fuera un asesino desalmado como usted dice, ¿por qué se quedó conmigo, arriesgándose a ser descubierto, arriesgando incluso su vida por mí? Un asesino no haría eso..., sobre todo sabiendo que hay un puñado de verdaderos asesinos profesionales siguiéndole los pasos.

—Otra vez ese cuento...

—No es un cuento. Dos de ellos llegaron aquí. Iban a matarnos a los dos. A él porque venían buscándole. A mí para que no pudiera delatarlos ni identificarlos. ¡Estuvieron aquí, Caine! Dos hombres horribles, armados, diciéndome todo el tiempo lo que iban a hacer conmigo después que él estuviera muerto.

Caine la escuchaba boquiabierto.

Cuando recobró la voz barbotó:

—¿Y qué fue de esos hombres; huyeron cuando tu caballero andante desenfundó la espada?

—Johnny los mató.

Caine pegó un salto y no se cayó de espaldas de milagro.

—¿Que él los mató? ¡Tina, no desbarres!

—Iban a matarme..., a cortarme en tiras después de..., de revolcarse conmigo en la cama. ¡Se jactaban, Caine! Cuando iban a poner en práctica sus amenazas, Johnny los mató.

De pronto, la comprensión estalló en el cerebro del *sheriff* como

el relámpago de un cohete.

—¡Los dos muertos del coche...! —jadeó.

—Sí..., él los llevó al lugar donde los encontraron después.

—¡Condenación! Todo esto no tiene pies ni cabeza. La policía de Kansas City investigó sus huellas. Eran pistoleros... de Los Ángeles.

—¿Se da cuenta? Vinieron a matarle. Y antes lo habían intentado otros de varias maneras.

Caine se quitó el sombrero y alborotó su pelambrera con gestos nerviosos.

—Aun admitiendo eso —gruñó—, él sigue siendo el asesino de una mujer a la que estranguló con sus propias manos. Y antes la había golpeado como una bestia salvaje hasta desfigurarla. Y eso no lo digo yo, Tina, sino la policía de Los Ángeles, los que fueron sus camaradas.

Ella guardó silencio tanto tiempo que Caine se puso nervioso.

—Si ya te has calmado un poco —rezongó—, tal vez quieras decirme si él piensa volver, y cuándo.

—Aunque lo supiera no se lo diría, Caine. ¿Qué clase de mujer cree que soy?

—Una tonta. De cualquier modo, no irá muy lejos. Si regresa le cazaré yo. Y si se queda en Kansas City la policía de allí le echará el guante. Lo siento de veras, Tina, pero he de cumplir con mi deber.

Ella se enderezó, repentinamente enfurecida.

—¿Y no es su deber protegerlo de los asesinos que le persiguen? O investigar quién los paga y por qué... ¿No entra eso dentro de sus deberes, Caine?

El la miró, dolorido, pero fue incapaz de sostener la súbita ira que se desbordaba de las pupilas de la muchacha y dando media vuelta casi corrió hacia su coche.

Tina volvió al otro lado del mostrador. Todo su mundo se tambaleaba sobre unos cimientos que no eran tan fuertes como había imaginado.

Si por lo menos él no volviera..., si desde Kansas siguiera huyendo, aunque eso significase no volver a verle nunca más...

O si, por lo menos, llamara por teléfono...

Sólo que Johnny no hizo ninguna de las dos cosas.

CAPÍTULO XI

Tina acudió a la llamada de un claxon y vio un auto esperando junto a un poste. Era un «Ford» de la última hornada, pero cubierto de polvo hasta casi borrar el color. El hombre que lo conducía se le antojó tan maltratado como el propio coche.

—¿Cuánta? —preguntó por rutina.

—Lleno. Oiga, ¿hay servicio ahí dentro?

—Seguro. Desde un café a un banquete.

El suspiró.

—Eso me conviene.

Esperó que ella llenara el tanque, pagó y condujo el coche hasta el aparcamiento. Cuando se apeó, sus gestos denotaron cansancio.

Tina se deslizó detrás del mostrador. El hombre era relativamente joven y tenía una cara ruda, pero expresiva a pesar de la fatiga.

—Empecemos con un café bien cargado —dijo—. Después puede preparar un par de huevos con tocino o algo así.

—Está bien.

Hizo el café y al servirlo preguntó:

—¿Viene de muy lejos?

—Casi olvidé cuándo me puse en camino... Hace un siglo que salí de Los Ángeles, en California.

Tina contuvo el aliento. Hubo de volverse de espaldas al hombre para que éste no descubriera su súbita expresión de alarma.

El sorbió el café y aprobó con un gruñido. Encendió un cigarrillo y comentó:

—No comprendo cómo alguien puede vivir en este desierto... Millas y millas de tierra llana, carreteras infames y polvo. ¿Cómo se le ocurrió a usted establecerse en este lugar?

—Fue mi padre quien montó el negocio. Luego, él murió y yo continué aquí casi por inercia.

Tina entró en la cocina para preparar lo que él había pedido. Aprovechó para serenarse y, cuando le sirvió, parecía de nuevo tranquila y sonriente.

—Ha hecho usted un largo viaje desde Los Ángeles...

—Y usted que lo diga.

—¿Por qué se marchó de allí? Debe ser una ciudad divertida, con Hollywood y todo eso.

—Usted ha leído demasiadas revistas de chismes. De Hollywood apenas queda nada, y la ciudad es un infierno. Sin embargo... Bueno, nadie quiere marcharse de allí. Será por el clima, digo yo.

—Entonces, ¿por qué se marchó usted?

Él se encogió de hombros.

—Éste es un viaje un tanto raro. Volveré a Los Ángeles dentro de una semana más o menos.

Tina le observaba sonriente, pero buscando desesperadamente la manera de sonsacarle lo que le interesaba.

—¿Está de vacaciones? —le espetó de pronto.

El tragó el bocado que masticaba y sacudió la cabeza.

—No lo entendería usted —dijo al fin—. Busco a alguien, ¿sabe? Me he vuelto loco a través de medio país siguiendo el rastro y volviéndolo a perder.

A ella se le encabritó el corazón.

—Debe ser alguien muy importante, si se ha tomado tantas molestias...

—¿Importante? Bueno, sí lo es. Quiero encontrarle a pesar de que en cuanto haya hablado con él me saltará los dientes de un guantazo y ni siquiera podré quejarme.

—No lo entiendo, de veras.

El hizo un gesto de fastidio y siguió comiendo hasta dejar el plato limpio.

Ella casi esperaba que se chupara los dedos, pero lo que hizo fue pedir otro café y encender un segundo cigarrillo.

—Si no le importa, me sentaré un rato en una mesa... Necesitaba este descanso.

—Hágalo, aquí hay poco movimiento durante la semana.

Le siguió con la mirada cuando él se trasladó a una mesa

próxima al ventanal. Le vio estirar las piernas y recostarse contra la pared, la mirada perdida más allá de los cristales.

Instantes después, el cigarrillo se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo. Se había dormido profundamente.

Tina salió del mostrador y, sin ruido, fue a donde estaba el coche del desconocido. Leyó la patente y grabó aquel nombre en su mente:

Robert Atkins.

También constaba la dirección, pero ésta no le interesaba. Regresó al interior y, recordando lo que hiciera Johnny, anotó el nombre y la matrícula del coche en un papel.

Después, dominando el loco golpear de su corazón, se aproximó al durmiente. Hubo de contorsionarse de un modo endiablado para agazaparse a su lado y atisbar bajo su chaqueta sin tocarlo.

Sintió un ramalazo de frío en la médula cuando descubrió la curva culata de un pesado revólver metido en una funda axilar.

Ahora ya no le cabía ninguna duda. Ese hombre buscaba a Johnny; era uno de los cazadores...

De pronto pensó que si Johnny era detenido por la policía podría vivir, aunque le juzgasen. Pero si le cazaban los pistoleros...

Procurando no despertar al durmiente, descolgó el teléfono y llamó al *sheriff* Caine. Con voz contenida dijo:

—Caine..., hay uno de esos asesinos aquí..., un pistolero que busca a Johnny.

—¿Qué? ¡Habla más alto!

—No puedo... ¡Por favor, por favor...!

—¡Maldito si sé lo que estás diciendo, pero voy para allá!

Colgó, latiéndole el corazón como un martillo contra las costillas.

El hombre de Los Ángeles aún dormía cuando el *sheriff* llegó.

Tina salió a su encuentro, temblando violentamente.

—¡Es un asesino, Caine! —jadeen—. Tenga cuidado...

—Pero, chiquilla, ¿de qué estás hablando?

—Uno de esos pistoleros que buscan a Johnny. Lleva un revólver, lo he visto.

Caine se puso rígido y su cara se contrajo en una mueca desagradable.

—Bueno, quédate aquí tuera. Yo me ocuparé del tipo. ¿Dónde

está?

—Sentado ahí, al lado de la ventana. Se durmió hace rato.

—¡Ajá...! No entres si no te llamo.

Echó a andar desenfundando el revólver de reglamento. Lo amartilló y, entrando, se quedó mirando al desconocido. Comenzó a pensar que quizá estaba pasándose de rosca, fiándose sólo de la corazonada de una chica histérica. No obstante, colocó el cañón del revólver ante la nariz del forastero y gruñó:

—¡Eh, usted!

El hombre parpadeó. Vio el enorme agujero del cañón ante los ojos y bizqueó, asombrado.

—¿Qué diablos...? ¡Caray, un *sheriff*!, ¿eh?

—Como en las películas del Oeste, Coloque las manos sobre la mesa. Sé que lleva un arma.

—Tómelo con calma. Tengo licencia para ese revólver.

—Lo veré ahora mismo, pero quiero ser yo quien lo saque de la funda. ¿De acuerdo?

—Seguro.

Colocó cuidadosamente las manos encima de la mesa. El *sheriff* le arrebató el revólver. Era un «Colt 38» de cañón corto.

—Ahora puede sacar esa licencia de que habló.

El hombre llamado Roben Atkins suspiró.

—¿Puede decirme a qué viene todo esto, autoridad?

—Primero sus papeles.

Atkins sacó una cartera del bolsillo y extrajo un par de documentos. Caine los examinó y estuvo a punto de caer de espaldas.

—¡Cristo! —jadeó—. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Amigo, nunca discuto con un revólver apuntándome la cara. ¿Cómo fue que viniera usted tan escamado?

—La chica... Bueno, Tina se alarmó.

—No lo entiendo. Sólo hablamos un poco y después me quedé dormido.

—Ella vio su revólver. Y pensó que era uno de los pistoleros que han estado llegando de un tiempo a esta parte buscando a un tipejo...

Atkins se enderezó de golpe.

—¿Buscando a quién?

—Se hace llamar Johnny Cannon..., pero su nombre es Frank Talbot, aunque supongo que ya lo sabe usted, puesto que está aquí.

—Frank Talbot... No me diga que lo detuvo usted.

—¡Ojalá! Se escabulló por poco. Cuando averigüé quien era, ya se había largado de aquí.

—Explíqueme eso.

—Estuvo trabajando en este lugar. Supo ganarse la confianza de la chica..., la enamoró, para ser más claro. Después supe que tuvo un encuentro con dos pistoleros que le perseguían... Los liquidó.

Atkins enarcó las cejas.

—¿También a esos? —exclamó—. Siempre supe que era el tipo más duro de cuantos conocí...

Caine tragó saliva.

—¿Quiete decir que mató a otros?

—Por lo menos a otra pareja, en los grandes bosques, aunque eso nadie podrá demostrarlo jamás. ¡Qué tipo! Bueno, ¿dónde cree usted que anda ahora? Porque yo vengo desde Los Ángeles para encontrarlo.

—Cualquiera sabe. Se fue a Kansas City y allí perdimos su rastro.

Atkins hizo un gesto de contrariedad. En aquel momento Tina asomó por la puerta y llegó a tiempo de ver a Caine devolver el revólver a su propietario.

—¡Caine! —exclamó—. ¿Qué significa esto?

—Te pasaste de rosca, preciosa.

—Pero... pero ese hombre busca a Johnny...

—Seguro, pero no es un pistolero, sino un oficial de policía de Los Ángeles.

Ella no pudo contener un grito. Atkins la observó con el ceño fruncido, al parecer muy preocupado.

—¿Usted tampoco sabe dónde puedo encontrar a ese que llama Johnny?

—¡Maldita sea! ¿Cree que se lo diría si lo supiera?

—Pero ¿lo sabe o no?

—¡No, ni quiero saberlo!

Atkins se levantó con gesto fatigado.

—Tranquilícese, muchacha, no pienso someterla al tercer grado. Vamos, *sheriff*, quisiera ponerme en contacto con la policía de

Kansas City.

—Podrá hacerlo por la radio oficial. ¿Viene en mi coche o...?

—Le seguiré con el mío.

Dejó un par de dólares sobre la mesa, dio una última y extraña mirada a la muchacha y salió.

Tina sintió el ardor de las lágrimas en sus mejillas. Deseó, más que nunca, que Johnny hubiera podido escapar de Kansas City y del mismo estado. Que huyera, aunque jamás pudiera volver a tenerle entre sus brazos, ni besarle, ni sentirlo vibrar sobre su cuerpo.

Anduvo todo el día, como atontada, de un lado a otro.

Así oscureció, y Tina estaba pensando en cerrar y mandarlo todo al diablo, cuando aquella voz dijo desde la puerta:

—Te dije que volvería, linda.

Se volvió dando un grito.

Y allí estaba él, sonriendo de un modo que daba grima.

CAPÍTULO XII

—¡Johnny! —jadeó, incrédula.

El entró y la muchacha se arrojó en sus brazos, estremecida de inquietud.

La besó, y una vez más ella sintió el fulgor de aquella boca abrasándola como si quisiera fundirla en un mar de llamas.

—¡Johnny! ¿Te has vuelto loco? No debiste volver... El *sheriff* sabe quién eres... y...

—No importa. Vamos a arreglar las cosas, tú y yo, para que todo salga bien. Pero quisiera tomar algo, nena... Un café, por ejemplo.

—¡Oh, claro que sí!

Corrió hacia el mostrador sin soltar su mano.

Después, cuando él empezaba a saborear el café, un hombre entró, paseando la mirada alrededor. Pareció elegir una determinada mesa y fue a sentarse a ella.

Era un individuo alto y distinguido, vestido con un traje de calidad y tocado con un sombrero a juego. Johnny no le dedicó más que un breve vistazo.

—Ve a servirle y luego hablaremos —murmuró.

Ella asintió y durante unos minutos estuvo ocupada sirviendo al elegante desconocido. Luego volvió al mostrador.

Él había colocado un documento sobre la barra.

—Tina, tú me propusiste asociarme al negocio, ¿recuerdas?

—¡Claro!

El la miraba con extraña intensidad.

—Bueno, he decidido aceptar tu oferta y aproveché mi estancia en Kansas City para hacer que un abogado redactase la escritura. Espero que estés conforme con ella.

Tina no salía de su estupor. Apenas si dedicó una mirada al

documento. Era como si no pudiera dejar de mirar a Johnny.

—¿Era necesaria tanta prisa ahora? —balbuceó, más sorprendida e inquieta cada segundo que pasaba. La actitud de él era tan distante...

—Si has cambiado de opinión, dilo y no se hable más del asunto.

Su voz era incluso agresiva, desagradable. Por un instante tuvo la sensación de que aquél no era el hombre que conociera, con el que compartiera incluso la cama, el amor y su propio cuerpo.

Le miró a los ojos, suplicante. Él le sostuvo la mirada sin pestañear y, de pronto, todo pareció desmoronarse a su alrededor.

—Como tú quieras, Johnny... ¿Dónde he de firmar?

El extendió el documento.

—Aquí... y aquí. Eso será suficiente.

Tina tomó el bolígrafo que le ofrecía y firmó con los ojos empañados por las lágrimas.

Él se apresuró a recoger el rígido papel.

—Estupendo —comento—. Eso será un gran negocio dentro de algún tiempo.

—Cinco años, exactamente —gruñó la voz del hombre elegante.

Se había levantado y estaba detrás de Johnny. Alargó la mano y tomó el contrato.

Tina les miraba incrédula, desconcertada, sin comprender. El desconocido comprobó las dos firmas y doblando el documento se lo embolsó tranquilamente.

Al fin, la muchacha recobró la voz:

—¿Qué significa todo esto, Johnny?

—Nada. He de velar por mi futuro, eso es todo.

El hombre, sacó un grueso sobre de un bolsillo y lo tendió a Johnny.

—Tuvo usted razón, amigo —dijo con una extraña sonrisa—. La tenía usted en el bolsillo. Ha sido tan fácil que dan ganas de reír... Ojalá le hubiera conocido antes que a esa pandilla de ineptos que hube de contratar aquí y allá.

Tina chilló:

—¡Johnny! ¿Quieres explicarme qué está pasando?

—Es muy sencillo. Acabas de venderle tus propiedades al señor Watford por cien mil dólares..., sólo que me temo que ese dinero nunca llegue a tus manos.

Ella se quedó boquiabierta, con la cabeza zumbándole y dándole vueltas. Sintió un vértigo que la obligó a apoyarse en el mostrador para no caer al suelo.

Empezó a llorar mansamente.

Entre sollozos jadeó:

—¿Cómo pudiste... tú...?

El señor Watford dijo:

—Acabemos de una vez, Cannon.

—¡Sí, claro!

Johnny sacó una pistola del bolsillo y la tendió al caballero. Éste la empuñó. Su mano temblaba un poco.

—¿Está seguro que no quiere hacerlo usted? —Gruñó Johnny sacudió la cabeza.

—Eso es cosa suya..., así estaré seguro de que nunca me traicionará.

—Muy bien.

—Bruscamente, levantó la pistola y disparó contra la muchacha.

La pistola escupió un fogonazo, pero al mismo tiempo se produjo un relámpago cegador en la puerta que comunicaba con la cocina.

Tina empezó a deslizarse al suelo, la mirada desorbitada y ahogándose, aunque no sentía ningún dolor.

El señor Watford se volvió echando chispas.

—¿Qué fue eso, Cannon?

—Una fotografía, socio. Le han tomado una foto en el instante de disparar contra Tina. —¡Maldito sea, hijo de perra!

Enfurecido el señor Watford apretó el gatillo una y otra vez. Los fogonazos formaron una larga llamarada y los estampidos se sucedieron hasta que Johnny empezó a reír entre dientes.

Watford miró la pistola. Luego a Johnny, y otra vez la pistola.

—Cartuchos de fogueo, señor Watford —explicó Johnny con sarcasmo—. Pero la cámara no puede captar ese detalle. Para quien examine la fotografía, usted estará intentando asesinar a Tina Loren para quedarse con su negocio sin pagar un centavo.

Tina cayó de rodillas. Johnny apenas si desvió la mirada del financiero.

—Cálmate, nena, no te pasa nada... y no puedo ayudarte todavía. No estás herida, si es eso lo que te ha asustado.

Watford rugió, enfurecido, y arrojó la pistola contra la cabeza de

Johnny. Éste esquivó y, al erguirse otra vez, tenía un revólver en la mano.

—Tranquilo, señor Watford.

—¿Quién, quién es usted; un polizante?

—Lo fui en otro tiempo. Ahora sólo soy un vagabundo sin un rincón donde caerse muerto.

—¿De veras? Me pregunto qué piensa hacer con los cincuenta mil que acabo de pagarle por su colaboración.

—¡Oh, eso!, servirán de prueba contra usted.

Tina comenzaba a recobrar el resuello.

—¡Johnny...! —suspiró—. Tienes que huir... ¡Oh, Dios mío, y yo creí que me habías traicionado...!

—No pude hacerlo de otro modo, cariño. No había ni la sombra de una prueba contra ese hijo de perra envanecido. Hasta el nombre de Terence Lund era el de un hombre de paja, muerto en un curioso accidente... después de venderle todas sus propiedades y bienes muebles e inmuebles al señor Watford, entre ellos aquel contrato que no se llegó a firmar.

—Si me hubieses llamado por lo menos.

—No pude. El gran tipo no se fía ni de su sombra. No sabes el trabajo que me costó llegar hasta él, ganarme su confianza y convencerle al fin de que yo podía ponerle todo esto en las manos por sólo cincuenta mil dólares.

La puerta de la cocina se abrió y entró un tipo delgado como un sarmiento. De su hombro colgaba una cámara «Polaroid» y un *flash* electrónico.

—Échele un vistazo, amigo —dijo, ofreciéndole una fotografía en color a Johnny—. Sacaré copias en cuanto llegue al laboratorio.

Watford no pudo contener un rugido de ira. El revólver le recordó que era muy arriesgado hacer ningún movimiento sospechoso.

La fotografía no podía ser más comprometedora. Captaba perfectamente el instante en que Watford disparaba la pistola. En un ángulo, en escorzo, se veía a Tina llevándose las manos a la cara.

—Está bien, ¡buen trabajo, Fredericks! Cuando haya sacado, copias, puede llevarlas directamente a la policía del estado. Para entonces ya estarán enterados del asunto.

—Perfectamente, amigo. Ha sido un placer trabajar para usted.

Se fue trotando y Tina preguntó, desbordada por el alud de acontecimientos:

—¿Quién es, Johnny?

—Un detective privado de Carson City... Ahora, camarada, iremos a dar un paseo usted y yo.

—¿Adónde?

—Adivínelo. Eche a andar. Tina dio un grito.

—¡Espera, Johnny! Ha llegado un oficial de policía de Los Ángeles. El y el *sheriff*...

—¡Mala suerte, pequeña!, aunque de todos modos ya me cansé de huir... con Watford fuera de combate va no tienes nada que temer...

—¿Quieres decir que te entregarás?

—Por lo menos, dejaré que me echen el guante. ¿Te dijeron por qué me persigue la policía?

Ella cabeceó, asintiendo. Pero se apresuró a añadir:

—¡Pero no lo creí, Johnny! Te juro que no lo creí...

—Buena chica... ¡Usted, camine!

Watford echó a andar, sólo que al llegar a su altura le descargó un trallazo con la zurda y echó a correr hacia la puerta.

Johnny trastabilló, volviéndose con el revólver amar tillado.

Watford llegaba a la salida. Una pierna surgió de un lado y el fugitivo dio una voltereta, estrellándose de cabeza contra el cemento del exterior.

Hubo un remolino y una sucesión de gruñidos allá fuera. Entretanto, el hombre de Los Ángeles apareció en el umbral. Tenía el revólver en la mano, aunque no apuntaba a ninguna parte.

—¡Hola, Frank! —dijo—. ¡Hola, Bob!

—¿Qué hacemos, empezamos un concurso de tiro o qué?

Johnny miró el revólver que tenía en la mano. Hizo una mueca y lo dejó encima del mostrador.

—Sabía que alguien me cazaría, tarde o temprano —dijo con calma—. Lo que ignoraba era quién, si los polizontes o los pistoleros de Barry Luciano. Me alegro de que hayas sido tú. Eso te valdrá un ascenso, estoy seguro.

—Me parece que no.

Atkins entró, enfundando el revólver. Detrás de él apareció el *sheriff*, desconcertado, empujándola Watford, y detrás de ellos el

detective privado de Kansas City.

—No me dejaron llegar ni al coche —se quejó—. Y el *sheriff* tiene la foto rápida, señor Cannon.

—Está bien, Fredericks, no se preocupe.

Tina salió disparada del mostrador y fue a abrazarse a él desesperadamente. Atkins arqueó una ceja.

—Siempre fuiste afortunado con las chicas, Frank —comentó.

—Menos con la última.

—¡Oh!, claro..., la del cuello roto. Por eso estoy aquí.

Johnny acarició los cabellos de la muchacha. Por encima de ellos miró a su ex camarada y dijo:

—Quisiera que nos dejases solos unos minutos, Bob. Te doy mi palabra de que no intentaré huir. Eso se acabó.

—Tendrás tiempo sobrado de quedarte a solas con ella, Frank.

—¿De qué estás hablando? Atkins sacudió la cabeza.

—Si hubieses confiado un poco más en tus camaradas... Bueno, no en todos, evidentemente. Pero, por lo menos, en mí y en el capitán Miller...

—Acaba, creo que voy a perder el control.

—No hay mucho que decir, sólo que cazamos al asesino de Rondine. Tuvo tiempo de confesar el crimen antes de reventar. También dijo quién le había pagado por hacerlo... Barry Luciano.

Johnny se tambaleó.

—¿Conseguisteis pruebas?

—Al principio, no. Carecíamos de corroboración y la confesión de un moribundo nunca convence a un jurado. Luego, otro golpe de suerte vino en nuestra ayuda. Tu casero echó tus cosas a la calle y alquiló tu apartamento.

—Pues sí que es una gran noticia...

—Siempre las mujeres, Frank. Debiste nacer bajo un signo del zodíaco exclusivo para ti. La inquilina fue una chica..., una diseñadora de modelos o algo así. El primer día que ocupó tu apartamento vio que había una carta en el buzón. La sacó, viendo que estaba dirigida a ti. Cambió la tarjeta del buzón y vino disparada a entregarnos el sobre. Ella había leído en los periódicos tu maldito nombre, docenas de veces, y creyó que debía colaborar... a colgarte.

—Hermano, pues sí que soy afortunado con las mujeres...

Atkins encendió un cigarrillo. Todo rastro de cansancio parecía haberse esfumado de su actitud.

—Barry Luciano quería tu cabellera porque pensaba que te habías apoderado de unas listas, en casa de Rondine. Y Rondine se las había escamoteado a él creyendo que con ellas en su poder, tendría un seguro de vida...

El *sheriff* refunfuñó:

—Me gustaría que alguien me contara el asunto desde un principio, sólo para variar.

—¡Yo también! —exclamó Tina.

Atkins se encogió de hombros.

—La historia es tuya, compañero.

—Está bien, no hay mucho que contar. Hace unos meses creí ligar la mujer más espectacular que había visto nunca. Se llamaba Rondine, y lo que yo no sabía era que había sido la chica del rey del hampa en toda la costa hasta poco antes. Rondine sabía cómo solían acabar las muchachas después de ser despedidas por sus propietarios y trató de curarse en salud. Consiguió copiar una lista de los sobornos que pagaba Barry Luciano, desde el simple chivato hasta los ayudantes del gobernador, pasando por policías corrompidos, políticos, hombres influyentes. Lo malo es que copió también las cantidades y fechas de los pagos, y uno de los pagos correspondía a un asesinato cometido poco tiempo atrás.

Hizo una pausa y nadie respiró siquiera, de modo que él prosiguió:

—En verdad, fue ella la que me buscó a mí, aunque de modo que yo creyera ser poco menos que un irresistible galán de cine. Me necesitaba en mi calidad de teniente de policía, porque yo podía convertirme en una coraza para ella. Y ahí es donde se equivocó, porque lo que poseía era demasiado grande para detener a un tipo como Barry Luciano. En realidad, éste creyó que ella me había entregado a mí la lista, así que hizo un buen trabajo. Envío un especialista a que preparase el escenario y el resultado fue que nadie dudó de que yo había matado a Rondine en un acceso de celos. Había pruebas suficientes, y huellas mías, como para condenarme siete veces.

Bob Atkins soltó una risita.

—Si nos hubiéramos detenido a pensarlo, entonces, habríamos

visto que aquello era demasiado bueno. Tú no eras tan idiota. Pero todo se precipitó, y tú perdiste la chaveta y les rompiste la crisma a dos de los muchachos... y hasta ahora.

—Las he pasado negras, Bob, con los asesinos de Luciano siguiéndome a través de todo el país, para liquidarme y recuperar las listas... si yo las tenía, cosa de la que no estaban muy seguros. Pero lo principal era enviarme al cementerio. Casi lo consiguieron.

El *sheriff* Caine gruñó:

—Debió confiar en mí desde el principio, Cannon. O Talbot, estoy hecho un lío.

—Usted me hubiera encerrado sin pensarlo dos veces. Y ahora mejor será que se ocupe de encerrar al señor Watford, y ponga a buen recaudo la escritura y el resto de pruebas.

—Descuide no debió atentar contra Tina. Ella es sagrada para mí, señor Watford. ¡Camine, vivo!

Salieron casi marcando el paso. El detective privado trotó detrás del *sheriff* gritándole algo de su fotografía.

Frank suspiró.

—Había olvidado respirar sin ningún temor, moverme sin mirar por encima del hombro... Gracias, Bob. Por confiar en mí..., por todo.

—El capitán me encargó decirte que guarda tu mismo puesto para cuando vuelvas.

—Dile que no regresaré, Bob. Nunca más.

—¿Qué?

El miró a Tina.

—Voy a quedarme aquí. ¿Sabes que, dentro de cinco años, este negocio valdrá una montaña de millones? Es mi oportunidad de casarme con un buen partido.

Tina dio un brinco.

—¿Casarte? ¿Y qué es eso de millones?

—Van a abrir una ruta nacional sobre esa vieja carretera. Todo el tráfico del sur del estado tendrá que pasar por aquí forzosamente, y ese cruce de carreteras será una mina de oro para una gran estación de servicio. Según las cuentas de Watford, pasarán de treinta a cuarenta mil coches al día por ese cruce. Y aquí estaremos nosotros.

—Nosotros...

—Si no quieres asociarte conmigo como dijiste, sólo cástate. Soy un cazadotes de primera.

—Eres un payaso, Johnny...

—Bueno, ya puedes olvidar ese nombre. Me llamo Frank Talbot, nena.

Atkins carraspeó.

—Hay un par de cosas que quisiera discutir contigo, Frank...

—Mañana, en todo caso.

—Bueno, no veo... ¡Oh, claro! Debí suponerlo.

Giró sobre los talones y salió a buen paso. Instantes después se oyó zumbar el motor de su coche y después todo fue silencio.

Tina susurró:

—Johnny, yo...

—Frank.

—¡Maldito seas! ¿Qué importa un nombre? Creí morirme cuando te vi volver.

El la abrazó y sus bocas ardieron en una llama al rojo blanco.

Después, él la levantó en brazos y se internó más allá del mostrador. A su paso fue apagando todas las luces.

Al fin llegó al dormitorio de la muchacha. Estaba a oscuras y no encendió la luz, sólo la depositó suavemente sobre el lecho, y los brazos de Tina, enroscados en torno a su cuello, tiraron de él hacia abajo, y todo lúe silencio durante mucho tiempo.

Un silencio relativo, claro, porque los suspiros rompen cualquier quietud, y los quejidos y los susurros pueden parecer un estruendo en un cuarto oscuro con una cama, un hombre y una mujer.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.
- Ray Brady.

- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.